

35
2ej

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
SISTEMA DE UNIVERSIDAD ABIERTA
LETRAS HISPANICAS

El regreso al reino de este mundo

(Amalia, El señor Presidente y

El recurso del método)

T E S I S

que presenta para optar al título de
Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas

Javier Velázquez Ayala



México



1991

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

I N D I C E

	Páginas
INTRODUCCION	1
1 ANTECEDENTES DE LA NOVELA DEL DICTADOR	
1.1 Historia	5
1.2 Características del dictador	8
1.3 El dictador en la literatura latinoamericana	12
1.4 Observaciones acerca de algunas novelas	15
2 AMALIA DE JOSE MÁRMOL	
2.1 Juan Manuel Ortiz de Rosas	22
2.2 Conformación de la novela <u>Amalia</u>	25
2.3 Mármol frente a Rosas	29
2.4 Respuesta de Mármol al problema del dictador en <u>Amalia</u>	38
3 EL SEÑOR PRESIDENTE DE MIGUEL ANGEL ASTURIAS	
3.1 Conformación de la novela <u>El señor Presiden-</u> <u>te</u>	47
3.2 Encumbramiento mítico del dictador	60
3.3 Respuesta de Asturias al problema del dicta- dor en <u>El señor Presidente</u>	64
4 EL RECURSO DEL METODO DE ALEJO CARPENTIER	
4.1 Conformación de la novela <u>El recurso del mé-</u> <u>todo</u>	74
4.2 Semejanzas y diferencias frente a <u>El otoño</u> <u>del patriarca</u> y <u>Yo el Supremo</u>	84

4.3 El regreso al reino de este mundo	97
CONCLUSIONES	113
BIBLIOGRAFIA	119

S I G L A S

Para lo referente a las citas textuales de las obras analizadas, se usarán las siguientes siglas:

Amalia

A

El señor Presidente

SP

El recurso del método

RM

I N T R O D U C C I O N

El dictador latinoamericano ha llamado la atención en todos los tiempos y su figura ha sido estudiada desde muy diversos puntos de vista. No es raro que hoy, a pesar de estar a punto de extinguirse, despierte interés, el cual me llevó a retomarlo en mi tesis.

Iniciaré por aclarar, y creo que es obligatorio, el porqué opté por darle el título de El regreso al reino de este mundo a mi tesis, que a no dudar se trata de un casi plagio del que le otorgó a su novela El reino de este mundo el cubano Alejo Carpentier. De alguna forma, el título de la obra de Carpentier que utilizo ahora, resulta sumamente revelador y hasta profético, para indicar la labor que tuvieron que realizar los escritores para destruir el mito del dictador, además de resumir el objetivo del presente trabajo. Dice, ya para terminar su novela, el creador de lo real-maravilloso:

Ti Noel comprendió oscuramente que aquel repudio de los gansos era un castigo a su cobardía. Mackandal se había disfrazado de animal, durante años, para servir a los hombres, no para desertar del terreno de los hombres.¹

El tirano había desertado del terreno de los hombres hasta convertirse en un ser cuasidivino, no para servir a los hombres sino para servirse de ellos obteniendo su repudio. Así como Ti Noel tuvo que regresar a su condición humana para darse cuenta del error que había cometido, el dictador también fue reducido a su condición humana para ser combatido efectivamente por los escritores.

Pero para llegar a derrocar al dictador de manera definitiva y demostrar su inoperancia gubernamental, ha tenido que darse después de un largo proceso histórico, por un lado, y del análisis y comprensión de lo que ha significado para la literatura, partiendo, claro está, de las experiencias históricas de cada autor.

La finalidad de la tesis, para ser más concreto, consiste precisamente en mostrar el proceso que ha tenido el dictador dentro de la literatura con tres novelas: Amalia, El señor Presidente y El recurso del método. Y ver las propuestas de los novelistas ante esta forma de gobierno.

La idea de centrarme en tres novelas surgió del análisis que Mario Benedetti² hace en El recurso del supremo patriarca, de Yo el Supremo, El recurso del método y El otoño del patriarca. La diferencia estriba, de modo general, en que Bg

nedetti aborda tres obras que son el punto culminante de la evolución que sufre el tirano en la novelística latinoamericana, mientras que las tres novelas que yo trato son cada una ejemplo de las tres etapas coyunturales de dicha evolución; Amalia, sería la novela que nos habla sobre el surgimiento del dictador; El señor Presidente, cubre la etapa de encumbramiento del dictador como mito; y El recurso del método, significaría la demolición de este mito.

El primer capítulo muestra un panorama histórico del surgimiento y características del dictador. Luego se establece la importancia que tiene su figura para la novela y los acercamientos en distintas épocas. En los capítulos posteriores, dedicados a las obras, trato cómo fueron construidas, poniendo mayor énfasis en los elementos que refuerzan la posición de cada escritor. Sólo en el caso de El recurso del método, establezco, además, una comparación de esta novela frente a El otoño del patriarca y Yo el Supremo, con el fin de mostrar que, a pesar de los logros de García Márquez y Bolaños en sus obras, la de Carpentier tiene una propuesta más revolucionaria desde el punto de vista político y en cuanto al tratamiento dado al dictador.

NOTAS A LA INTRODUCCION

- 1 Carpentier, Alejo, El reino de este mundo, Barcelona-Caracas-México, 1985, Seix Barral, p. 143.
- 2 Benedetti, Mario, El recurso del supremo patriarca, México, Editorial Nueva Imagen, 1979, pp. 11-31.

I ANTECEDENTES DE LA NOVELA DEL DICTADOR

1.1 Historia

Los pueblos latinoamericanos desde que existen como naciones perfectamente configuradas han sufrido, a lo largo de su historia, incluso en más de una ocasión, la violencia represiva por parte de sus gobernantes (esto sin tomar en cuenta la etapa de dominación colonial, que durante trescientos años se dejó sentir en nuestro continente). Una de las manifestaciones máximas de la violencia es la que aporta el dictador, quien permanece ligado a nuestras tierras, al menos hasta que desaparezca el último, como algo inherente, necesario y vital, aunque éste, como lo manifiestan algunos intelectuales citados por Angel Rama¹, no sea más que un producto de la sociedad que representa, y sólo en ella se encuentra el poder de mantenerlo o quitarlo.

Pero, ¿ cómo surge el dictador ? Resulta obvio decir que los primeros dictadores surgen de las luchas de independencia. Las ideas liberales venidas de Europa abrieron el camino para la liberación de las colonias entre 1804 y 1824. Los caudillos criollos acogen estas ideas y llevan a cabo los mo

vimientos emancipadores. Si bien es cierto que en un inicio los caudillos luchan por la liberación de sus países, también es cierto que una vez que alcanzaron sus propósitos y quedaron al frente de sus gobiernos, la mayoría de ellos mostraron incapacidad política para dirigirlos. La incapacidad política fue suplida por el uso del poder de manera indiscriminada y arbitraria. Los dictadores se adueñaban, a partir de este momento, de gran parte de la historia de América, en donde pocas regiones escaparon a su sombra.

Aunado a su ansia de poder, encontramos situaciones socioeconómicas que dan pie a la aparición de tres tipos de dictadores, como lo menciona Jaime Vicens Vives²: el primero de ellos, ya mencionado, surge de las guerras de independencia, al inicio del siglo XIX, entre un régimen feudal y el capitalismo mercantilista y manufacturero, es el caudillo nacionalista a la manera de Páez, en Venezuela; Flores, en Ecuador; Gamarra, en Perú; Santa Cruz, en Bolivia; Portales, en Chile; Rosas, en Argentina; Francia, en Paraguay; Rivera, en Uruguay; Morazán, en Centroamérica y Santa Anna, en México. Ya en la segunda mitad del siglo XIX, a raíz de las luchas sociales entre liberales y conservadores, con panorama de terratenientes y masa campesina, Vicens Vives nos dice que

aparece el segundo tipo de dictador, el autócrata reformador como Núñez, en Colombia; Porfirio Díaz, en México; Guzmán Blanco, en Venezuela; García Moreno, en Ecuador; Montt, en Chile; Solano López, en Paraguay; y Melgarejo, en Bolivia . El tercero, manifiesta y acepta total apoyo al capitalista extranjero, es el dictador que Vicens Vives denomina como personalista, al estilo de Juan Vicente Gómez, en Venezuela; Estrada Cabrera, en Guatemala; Leguía, en Perú; Machado, en Cuba; Plutarco Elías Calles, en México; Hernández Martínez, en Salvador; Ubico, en Guatemala; y Trujillo, en República Dominicana. Aunque todavía se puede mencionar a un cuarto tipo de dictador, que Isaac Rodríguez Sandoval³ califica de colonial-fascista, por los intereses políticos y económicos de los Estados Unidos que representa y por el uso, en grado sumo de sofisticación para mantener su gobierno, de la tortura, la persecución y demás métodos represivos, que no son otra cosa que la manifestación de la crisis en que han caído los dictadores como Somoza, en Nicaragua; Banzer, en Bolivia; Geisel, en Brasil; Bordaberry, en Uruguay; Stroessner, en Paraguay; Duvalier, en Haití; Pinochet, en Chile. Muchos de los cuales han sido derrocados, demostrando la teoría de Rodríguez Sandoval. Pero cabe preguntarnos, en el caso del último

dictador mencionado (Pinochet), puesto que tiene el poder militar de su país en sus manos, si no sucederá una situación similar a la acaecida con Salvador Allende, por muy difícil que esto parezca.

Como ya se mencionó, muy pocas naciones del continente es caparon al poder del dictador. Sin detenernos en situaciones especiales de inclusión o exclusión de algunas de ellas en lo que podemos llamar América Latina o Hispanoamérica (claro está, sin contar con Estados Unidos y Canadá), de los aproximadamente veintisiete países que integran nuestro continente, por lo menos diecinueve han permanecido en una ocasión bajo régimen dictatorial, dentro de los cuales se encuentran: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

1.2 Características del dictador

Hasta la fecha no se ha podido definir con precisión al dictador, pues en nuestras latitudes pueden darse tantas definiciones como dictadores. Lo que sí se puede decir es que

nuestras sociedades, por lo regular, llaman dictador a aquel gobernante que ha permanecido un periodo más o menos largo al mando de su país, siendo esta premisa un tanto más aceptada que la de un gobierno dictatorial plagado de infinitos re cursos represivos. En este sentido resultan destacados el Doctor Francia con veintinueve años al frente del Paraguay (1811-1840); Jean Pierre Boyer en Haití, veinticinco años (1818-1843); Juan Manuel Rosas en Buenos Aires, veinte años (1829-1852); Porfirio Díaz en México, treinta años (1876-1910); Juan Vicente Gómez en Venezuela, veintisiete años (1908-1935); Stroessner en Paraguay, veintinueve años (1954-1983); sin olvidar a Fidel Castro, que aunque con situaciones históricas y políticas muy distintas a las de los demás dictadores, debe ser incluido en este renglón. Pero este hecho no sólo es una preocupación de las sociedades, sino que también la perpetuidad del poder ha sido el problema primordial a resolver por parte del dictador y una de sus características básicas.

Este hombre, el dictador, que ha concentrado en sus manos el poder ilimitado, que en algunas ocasiones ha permanecido en el gobierno de manera efímera o por un largo periodo de tiempo, que ha gobernado bien con actitud paternalista o des

pótica, ya sea surgido con apoyo popular o usurpando el poder, como dueño de una pequeña región o al mando de una nación, con amplia cultura o siendo totalmente iletrado, no solamente tuvo motivos socioeconómicos para actuar arbitrariamente; también coadyuvaron a su modo especial de gobernar sus problemas psicopáticos: su origen oscuro, al cual nunca quiere referirse el dictador, se menciona como uno de los principales motivos de sus actitudes, dando pauta a que no se conformara con saber que él detenta el poder, quiere que todos aquellos a su alrededor lo sepan y recuerden siempre; pretende ser visto como un dios, asume su papel de modo que da a pensar que en realidad lo es; gusta de acreditarse títulos ostentosos (Doctor Francia " Dictador Perpetuo ", Juan Manuel Rosas " Tirano ungido por Dios para salvar a la patria "); se siente poseedor de una mente privilegiada que lo coloca en la posición de ser el único que piensa en todo y por todos, pues los demás son inferiores, sólo su cerebro es el indicado para elaborar leyes y dictaminar sobre cualquier materia; su desconfianza es llevada al extremo, de ahí su vida solitaria, no confía en nadie ni siquiera en sus allegados y esto lo lleva a cometer crímenes sin mayor base que sospechas casi siempre infundadas; aspira a que su poder sea

tan grande como el de los soberanos europeos, tiende a imitarlos, desde su forma de vestir hasta el lugar donde viven (Porfirio Díaz es el ejemplo más claro), aunque al estar lejos de su patria añore su típica forma de vida; a pesar de sus injusticias nuestro dictador sabe ser magnánimo, para que sus gobernados vean en él al buen gobernante, interesado en sus necesidades, mientras no existan sospechas de alguna traición; el dictador en su afán de prolongar su permanencia no piensa en el futuro del pueblo a su muerte, provocando una situación más problemática que la impuesta por él, que va desde un gobierno más benévolo de otro dictador en el mejor de los casos o una cruenta lucha por el poder.

El problema del dictador en América se encuentra ya en sus últimas etapas, sus métodos de gobierno son muestra palpable de ello. Pero no podemos olvidar todos los problemas que su presencia ha ocasionado y que le ha tomado demasiado tiempo a los pueblos latinoamericanos para dejar atrás esta aberrante forma de gobierno.

El dictador está en crisis en América Latina. La crisis tiene distinta profundidad. Pero en varios países se puede observar la crisis de la cárcel,

de la tortura, del crimen y el cementerio, del exilio y de la corrupción que genera el botín de la guerra interna. La explotación misma está en crisis. Con ellos ha entrado en crisis también la esencia de la cultura de la opresión, el teatro de lo real, la simulación y representación de la vida que pretende igualar las palabras con los actos, montando escenarios. Los dictadores de América ya no pueden representar y simular el progreso, la democracia, la civilización occidental. Se les cae el teatro, se les echa el mundo.⁴

1.3 El dictador en la literatura latinoamericana

De acuerdo a lo anterior, el dictador latinoamericano pasó a ser un personaje muy importante dentro de los países que sufrieron en carne propia sus injusticias. Y es lógico suponer que una figura de tales dimensiones no podía pasar desapercibida para la literatura. El género que resultó más fértil para el tema del dictador fue la novela. Los novelistas, testigos presenciales de esta forma de gobierno y que incluso se vieron forzados a abandonar sus países víctimas de la persecución, enfrentaron, a veces de manera directa, el problema tratando de darle solución, en la medida que les fue posible.

La sucesión de males e injusticias en la novela hispanoamericana tradicional hace pensar que, en efecto, más vale ser tragado por la selva que sufrir la muerte lenta en una sociedad esclavista, cruel y sanguinaria...

La tragicomedia, claro, consistió en que la independencia sólo superpuso una nueva tiranía a la antigua dominación: la de las dictaduras militares y las oligarquías nativas que ahora convirtieron la explotación humana y natural en una segunda conquista, librada esta vez, no contra los aztecas, los quechuas o los caribes, sino contra los mexicanos, los peruanos y los venezolanos. Cortés reencarna en Porfirio Díaz, Pizarro en Santa Cruz, Alonso Ojeda en Juan Vicente Gómez. Y al lado de la naturaleza devoradora, la novela hispanoamericana crea su segundo arquetipo, el dictador a la escala nacional o regional. El tercero sólo podía ser la masa explotada que sufría los rigores tanto de la naturaleza como del cacique sanguinario⁵.

De esta manera la novela del dictador nace a la par del mismo, surgiendo tantos tipos de novela, cada una con su particular estilo, como dictadores ha dado la historia latinoamericana.

Por otro lado si se pudiera hacer un inventario de las novelas del dictador (lo anterior porque pienso que según la

perspectiva del análisis o del lector una obra puede ser con-
siderada dentro de la temática dictatorial) sería más o me-
nos el siguiente:

Analia de José Mármol, Argentina, 1851.

El conspirador de Mercedes Cabello Carbonera, Perú, 1892.

Tomóchic de Heriberto Frías, México, 1894.

El capitán de Pío Gil, Venezuela, 1909.

Tirano Banderas de Ramón del Valle Inclán, España, 1926.

Fiebre de Miguel Otero Silva, Venezuela, 1939.

El señor Presidente de Miguel Ángel Asturias, Guatemala, 1946.

Cementerio sin cruces de Andrés Requena, Rep. Dominicana, 1949.

La fiesta del rey Acab de Enrique Lafourcade, Chile, 1964.

Conversación en la catedral de Mario Vargas Llosa, Perú, 1969.

Matan al León de Jorge Ibarquengoitia, México, 1969.

El recurso del método de Alejo Carpentier, Cuba, 1974.

Yo el Supremo de Augusto Roa Bastos, Paraguay, 1974.

El otoño del patriarca de Gabriel García Márquez, Colombia,
1975.

El tirano Bebevidas de Mamuel Bedoya, Perú, (?).

Oficio de tinieblas de Arturo Uslar Pietri, Venezuela, 1976.

A simple vista se puede observar que no es una lista exhaus-
tiva (ni pretende serlo), pero en ella se presentan los más

variados dictadores, que en su gran mayoría se corresponden con los históricos, y los más variados enfoques con que estos han sido considerados.

1.4 Observaciones acerca de algunas novelas

La primera observación que puede hacerse con respecto a la novela de los dictadores es aquella que se refiere a la calidad e importancia que las obras tienen. Encontramos novelas como Amalia, El cabito, Fomóchic, El tirano Bebevidas, que carecen de un verdadero sentido artístico, quedando tan sólo en panfletos o diatribas en contra del dictador en turno, es decir, obras que no alcanzan mayor relevancia en la literatura latinoamericana. Por el contrario tenemos obras de mayor trascendencia, aquellas cuyos recursos no se basan exclusivamente en la denuncia o reprobación hacia el dictador como en el caso de El recurso del método, Yo el Supremo, El otoño del patriarca, El señor Presidente o Tirano Banderas, que son piedras angulares de nuestra novelística.

El tema del dictador se puede considerar como una aportación de América a la literatura universal, en virtud de que los dictadores de nuestros países no tienen parangón con los

de otros continentes, en cuanto a su permanencia, su sucesión por la fuerza casi siempre, o por los métodos represivos usados, para sostener sus gobiernos y sobre todo porque son pocas regiones las que escaparon a su presencia, hecho, este último, que no se da en otras latitudes. Pocas fueron también las naciones en las cuales los escritores no se ocuparon de algún dictador de su tierra o de otra región y cuando no se hizo fue por las represiones, la escasa tradición literaria o por las corrientes de moda que los llevaron hacia otros temas.

Independientemente de que se trate al dictador por medio de libelos, panfletos, diatribas o novelas de excelente factura literaria e histórica, se puede establecer una diferencia más palpable entre ellas, dando como resultado dos tipos de novelas que abordan el problema de manera directa y de manera indirecta: la directa es aquella donde el dictador es el personaje sobre el cual gira el desarrollo de la novela, siendo observado desde fuera por los escritores o bien en las que el novelista irrumpe en la intimidad del dictador. En otras palabras, hablamos de la novela del dictador (Anglia, El recurso del método, Tirano Banderas, Maten al león, Yo el Supremo, El otoño del patriarca); la indirecta, en la

que el dictador pasa a segundo término, dejando su lugar a los estragos físicos, sociales y psicológicos que sufre el pueblo que es dominado por el tirano. Esto es lo que se podría llamar novela de la dictadura (Togóchic, El señor Presidente, Conversación en la catedral).

Se ha señalado que el dictador es un personaje que no tiene razón de ser, que su forma de gobierno es obsoleta y se cae por sí misma, pero si esto es cierto, también lo es el hecho de que las sociedades latinoamericanas no le han demostrado totalmente, o mejor dicho, lo han conseguido parcialmente, pues no han logrado derrocar del todo al dictador y más que eso, no han logrado que una vez derrocado el de turno, queden tranquilos sin el temor de que aparezca otro para sustituir al anterior (vuelvo a pensar en Pinochet). Del mismo modo se ha indicado que el dictador es producto de los anhelos y aspiraciones de la sociedad que representa, y en esta sociedad se encuentra el poder de encumbrar o derrocar al dictador. Los novelistas como parte de esa sociedad consiguieron (en esto cabe mencionar a las ya tan tratadas pero siempre interesantes obras de García Márquez, Carpentier y Roa Bastos) darle fin al dictador. Los caminos o las propuestas de cada uno de ellos (en su momento las señalaré y

marcaré sus diferencias) no son soluciones tomadas a la ligera ni mucho menos surgidas por arte de prestidigitación . Para llegar a estas soluciones tuvo que darse todo un proceso de aprendizaje histórico y literario, en otras palabras , pienso en una revisión de este tipo de gobierno en todos los países latinoamericanos y a las novelas hasta entonces aparecidas para lograr El recurso del método, Yo el Supremo y El otoño del patriarca. Se puede indicar que tales propuestas no son desconocidas por la sociedad en general: condenar a la ignominia al dictador (Roa Bastos y García Márquez respectivamente), o sentenciarlo al destierro, camino de la mayoría de ellos, erigiendo un gobierno verdaderamente emanado del pueblo (en el caso de Carpentier), ¿ no es una respuesta mucho más que literaria ? Desde luego que sí.

Pero, de acuerdo al momento histórico, podemos darnos cuenta que las posiciones de cada uno de los novelistas han sido distintas. Así al lado de los caudillos que en breve tiempo se convirtieron en los primeros dictadores quienes, al no poder cumplir con la gente y los principios que los encumbraron, ejercieron el poder de manera despótica y arbitraria, que, además, se justificaron diciendo que su actitud era un paso necesario para lograr la estabilidad política y la paz social

tan ansiadas por sus países, cosas que jamás lograron, surgen escritores que en sus obras dejaron sentir su odio y reprobación para con el régimen que aquellos hombres venían imponiendo, hablamos de Analia de MármoI o de Fomóchie de Frías, ejemplos de este primer momento. Entrando el siglo XX, las tiranías ejercieron una represión más virulenta, por ende, la respuesta sería obligadamente distinta; ya no se podía atacar abiertamente al dictador: se escribía desde el exilio, el nombre del déspota era omitido, aunque no era difícil suponer de quien se trataba, o se hacía con una visión retrospectiva una vez caída la dictadura en cuestión. Los escritores en conjunción con los pueblos crean, quizá sin pretenderlo, la idea del dictador como la encarnación de un ser maligno y sobrenatural, cubriéndolo de un velo misterioso, convirtiéndolo en un mito. Bajo este renglón surgen novelas del tipo de Firano Banderas de Valle Inclán y El señor Presidente de Asturias. En años recientes y ante la permanencia del dictador, surge la necesidad de replantear la visión que se tenía de él. La tarea debía encaminarse a quitarle todo lo sobrenatural que se le había adjudicado.

Los nuevos narradores, en cambio, dan el salto en

el vacío: no sólo entran a palacio, husmean sus rincones, revisan las variadas guaridas del gobernante, sus residencias europeas, sino que se instalan con soltura en la conciencia misma del personaje y de ese modo ocupan el centro desde donde se ejerce el poder y ven el universo circundante a través de sus operaciones concretas. Se trata de una drástica inversión de la visión. Por eso, sean cuales fueren los rasgos particulares que adoptan los diversos dictadores, la unidad de los actuales textos narrativos sobre ellos radica en que interrogan directamente el poder omnímodo, ven su pleno funcionamiento, descubren los motivos ignorados de sus acciones, las benéficas y las perversas, diseñan los mecanismos de su terca y en apariencia ilógica continuidad histórica ⁶.

Bajo este rubro, Vargas Llosa escribe Convergencia en la catedral que manifiesta la forma de vida bajo el régimen de Odría, pero no como una simple denuncia guiada por el odio, sino que va más allá, forma juicios y críticas demolidoras contra esa realidad que es el dictador. Dándole un giro de ciento ochenta grados a las narraciones sobre este tema, Carpentier, García Márquez y Roa Bastos muestran nuevos acercamientos hasta el punto de desmitificar al personaje.

NOTAS CAPITULO I

- 1 Rama, Angel, Los dictadores latinoamericanos, México, P.C.E., 1976, pp. 7-8.
- 2 Vicens Vives, Jaime y otros, Historia de España y América, Burguesía, Industrialización, Obrerismo, Los siglos XIX y XX, América Independiente, Barcelona, Ed. Vicens-Vives, 1959.
- 3 Sandoval Rodríguez, Isaac, Las crisis políticas latinoamericanas y el militarismo, México, Siglo XXI, 1976, p. 195.
- 4 González Casanova, Pablo, Dictadores y democracias en América Latina en Dictadores y dictaduras, Labastida Martín del Campo, Julio y varios, México, Siglo XXI-UNAM, 1986, p. 237.
- 5 Puentes, Carlos, La nueva novela hispanoamericana, México, Cuadernos Joaquín Mortis, 1980, pp. 10-11.
- 6 Rama, Angel, Los dictadores latinoamericanos, Op. cit., pp. 15-16

2. ANALIA DE JOSE MARMOL

Porque " él " ha hecho del crimen, del asesinato, de la castración y del degüello un sistema de gobierno; porque " él " ha desenvuelto todos los malos instintos de la naturaleza humana para crearse cómplices y partidarios, ...

Domingo Faustino Sarmiento
(Facundo o Civilización y
Barbarie, III, II, p. 249)

2.1 Juan Manuel Ortis de Rosas

En Facundo o civilización y barbarie, Domingo Faustino Sarmiento¹ nos señala que Argentina en su lucha de emancipación tuvo que enfrentarse a dos problemas básicos: el primero, consistía en lograr su total independencia con respecto de España y constituirse como una nación capaz de gobernarse por sí misma; el segundo, y quizá el más grave, sería el que enfrentaron las ciudades como Buenos Aires las cuales representaban en esta época los centros de civilización y que se vieron acosadas, una vez liberados los argentinos del poder español, por las provincias del interior del país, provocando la lucha de la barbarie contra la civilización.

Una vez obtenida la independencia, los caudillos como Fa-

cundo Quiroga y Juan Manuel Rosas se encargarían de llevar la barbarie a las ciudades y destruir todo lo que estas representaban. Estos dos caudillos encabezaron las luchas civiles por el gobierno de Buenos Aires, distinguiéndose en este punto la figura de Quiroga quien arremete con su barbarie contra las ciudades, fan sólo guiado por sus instintos de caudillo analfabeta, fusila y castiga sin detenerse a reflexionar. Rosas, por otro lado, es el aprendiz que se va adiestrando al lado de Quiroga " ... Facundo, el bárbaro del interior; Rosas, el lobezno que se está criando aún y que ya está en vísperas de lanzarse de su propia cuenta. Los clásicos los habrían comparado con los triunviros Lépido, Marco Antonio y Octavio, que se reparten el imperio, y la comparación sería exacta hasta en la vileza y crueldad del Octavio argentino. " ² , pero el alumno superaría con creces al maestro.

Efectivamente, Juan Manuel Ortíz de Rosas (1793-1877) , a partir del año 1829, se ofrecía como la única solución viable para establecer la paz en Buenos Aires. A la muerte de Do rrego, Rosas es elegido de manera unánime para asumir el gobierno. Y aunque, al terminar su periodo, es reelegido una vez más, cede su lugar al general Juan Ramón Balcarce, designado por el mismo Rosas para manejarlo a su antojo, sin conse

guirlo. En 1835, Rosas es reelegido para asumir una vez más el gobierno de Buenos Aires, ahora bajo condiciones impuestas por el " Héroe del desierto " : consenso de todos los ha bitantes de Buenos Aires, que después no se volvería a dar durante su dictadura; poseer en sus manos todo el poder público de la ciudad; permanecer en el gobierno el tiempo que considere necesario para lograr la estabilidad del país, aun que jamás llegaría a tomar en cuenta semejante posibilidad.

Ya instalado como dictador, Rosas desconoce a las clases subalternas³ que lo ayudaron para lograr el poder, y se apoya ahora en la clase terrateniente bonaerense, pero ni siquiera ésta escapó a las restricciones del tirano. El Ilustre Restaurador de las Leyes convirtió a la ciudad de Buenos Aires en una gigantesca estancia particular, donde los ciudadanos, pero sobre todo " los inmundos, salvajes, asquerosos unitarios "⁴, fueron vistos como ganado. Juan Manuel Rosas ya no actúa igual que Quiroga. Ha asimilado todo lo malo de la civilización, y comete arbitrariedades consciente y calculadamente. Crea, para este fin, todo un aparato de espionaje donde todos son espías de todos, y dan informes verdaderos y también falsos de los enemigos del dictador. Y bajo el lema de " los que no están conmigo están contra mí " se dan todo

tipo de delaciones. La encargada de castigar a los sospechosos, con el cuchillo como instrumento de castigo, es la policía secreta creada por el mismo Rosas, la tan temida Mashorca.

En fin, el gobierno de Rosas estaba caracterizado por ese enfrentamiento entre la civilización y la barbarie que tan significativamente describe Sarmiento en su obra. Rosas, el gaucho, el terror, la mashorca y la incultura, se convirtieron en los símbolos de la barbarie; Europa, los escritores, la ciudad (Buenos Aires), la cultura, son los instrumentos de la civilización. El resultado del enfrentamiento es la victoria de Rosas y su barbarie. La confrontación no se ha dirimido todavía (si la proyectáramos a nuestros días), es cierto, el saldo aún está a favor de la barbarie, no sólo en Argentina sino también en los demás pueblos latinoamericanos. Ahora, le toca el turno a los ciudadanos de cada país con régimen totalitario, de inclinar la balanza hacia el otro lado, la civilización.

2.2 Conformación de la novela Amalia

Luis Alberto Sánchez⁵, al hacer un recuento de las novelas que hablan acerca del dictador, nos marca a Amalia de Jo

sé Mármol como la novela que abre la ya tan vasta lista de obras sobre el tema. Aunque, también, señala que antes de Amalia ya Antonio José Irisarri publicó la Historia del perinculto Don Epaminondas del Cauca, Luis Alberto Sánchez deja entrever, al igual que Anderson Imbert⁶, que esta última no llega a ser más que un esbozo de novela, lo que deja la primacía a Amalia.

En esta aventura folletinesca, José Mármol pretendió, como él mismo lo dice al inicio de la novela, hacer una obra de carácter histórico aunque sin conseguirlo (la historia exige una distancia entre el momento de novelar y el hecho que se narra), pues este esfuerzo cae por su propio peso bajo el empuje de su ímpetu romántico liberal, convirtiendo su pretendida historia en testimonio y denuncia de la dictadura que le tocó sufrir en carne propia, experiencias que fueron trasladadas a la novela tal cual, dándole un toque autobiográfico. Y reforzando su carácter testimonial, intercala en su narración escritos oficiales, información de la prensa, cartas y hasta panfletos.

Evidentemente, conforme avanzan los acontecimientos de la obra, podemos darnos cuenta que Mármol le concede mucha mayor importancia a las atrocidades cometidas por Rosas y a la ac-

titud combativa y sagaz de Daniel Bello para enfrentarse al dictador, que a los enamorados Eduardo Belgrano y Amalia Sáenz de Olavarrieta, lo que me hace pensar, sin afán de burla, que la obra bien pudo llamarse " Daniel " o " Juan Manuel " (Rosas) y no Amalia. En este sentido, y aunque los enamorados sucumben ante el tirano, la historia de amor no es más que un pretexto en la novela, subordinada a la mencionada denuncia política del momento histórico por el que atraviesa la Argentina de ese momento⁷.

No hace falta un análisis minucioso de Amalia para darse cuenta de que adolece de muchos defectos que le impiden elevarse por encima del común denominador de la novelística latinoamericana de mediana importancia, a pesar de los buenos logros dentro de la corriente romántica. Primeramente, porque Mármol convirtió su novela en un panfleto más que en una verdadera narración, por medio de arengas que manifiestan su pensamiento político con respecto a Rosas. El constante recurso de utilizar largos documentos y referencias testimoniales, casi siempre inoportunos, hacen que la obra se torne tediosa hasta casi convertirla en una especie de ensayo a la manera de Sarmiento. La misma relación amorosa de Eduardo y Amalia, guiada por un exacerbado romanticismo, decae en lo

cursi, perdiendo todo interés para el lector. Con los otros personajes que integran Amalia, el escritor no supo distinguir perfectamente buenos de malos, eran buenos todos aquellos que observaban un comportamiento y educación parecido al de Amalia, Eduardo, Florencia y Daniel (representantes a la europea de la civilización); negros, mulatos, gauchos, fueron discriminados por el autor, por representar la delación y la barbarie de Rosas, de Doña Josefa Ezcurra y de Cuitiño. Y que decir del lenguaje utilizado, del cual Juan Carlos Ghiano, en su prólogo a Amalia, nos dice:

El novelista Mármol se mueve constantemente entre dos concepciones del estilo: uno, con aire de casticismo, que le viene de las novelas históricas españolas publicadas en la primera mitad del siglo XIX; otra, que se acerca a la desenvoltura oral de la lengua porteña, con abundancia que va más allá de los diálogos ilustrativos. Mármol solía dejarse llevar por modalidades idiomáticas criollas, sin mucha conciencia de los barbarismos que empiedran su prosa; esos descuidos, que no hallazgos de expresión, confirman la limitada educación idiomática del escritor, tan proclive por otra parte al recurso de la retórica fácil.⁸

2.3 Mármol frente a Rosas

A pesar de su férrea tiranía, Rosas no pudo impedir que surgieran muchos opositores a su gobierno, en este renglón los que mayor resistencia ofrecieron fueron los intelectuales, la mayoría de ellos formados bajo la tradición romántica liberal francesa, quienes vieron que Rosas poco a poco estaba acabando con los últimos vestigios de civilización. Destacan los escritores de la " Generación de 1837 ", integrada por Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Juan Bautista Alberdi y José Mármol, unidos por el desdén y por el odio al dictador. En sus escritos se aprecia más su preocupación político-ideológica que una seria intención de crear arte por medio de ellos.

José Mármol resultó ser el más combativo de toda su generación y quien tomó casi a título personal su lucha contra Rosas. No podía ser menos pues durante algún tiempo permaneció en una de las tantas cárceles del régimen (1839) y al igual que muchos jóvenes salió de su país para refugiarse en Montevideo - lugar donde escribe Amalia - para regresar a la caída de Rosas (1852). Con la caída de Rosas acaba para Mármol su carrera literaria. El motivo que lo empujaba a es-

cribir se fue con el dictador. No volvería a escribir algo significativo en poesía ni mucho menos en novela. Mientras Rosas se mantuvo en el poder no dejó de denunciar sus atrocidades de tirano. Amalia, más que en su poesía, se convirtió en punta de lanza de sus ataques. En esta novela Mármol denuncia los siguientes hechos que enumeraré.

El abandono de la ciudad. La Juventud de Buenos Aires fue obligada a abandonar su país y reunirse con el ejército libertador de Lavalle, con la esperanza de una campaña encaminada a destruir a quien los había hecho huir.

El 4 de mayo de 1840, a las diez y media de la noche, seis hombres atravesaban el patio de una pequeña casa de la calle de Belgrano, en la ciudad de Buenos Aires.

Pero aquéllos que hayan llegado a ese paraje, entre las sombras de la noche, para huir de la patria cuando el desenfreno de la dictadura arrojó a la proscripción centenares de buenos ciudadanos, éstos solamente podrán darse cuenta de las impresiones que inspiraba ese lugar. (A, I, I, pp. 3-5. Las citas referentes a Amalia se identificarán con la inicial A, las partes y capítulos con números romanos, y corresponden a la obra citada en la bibliografía)

Así es como inicia Mármol su narración. Entre los que hufan se encontraba Eduardo Belgrano, el único que lograría sobrevivir a la despiadada embestida que, tratando de evitar su huida, lanzó contra ellos la mashorca. Este fragmento (incluso con los nombres verdaderos) es un hecho verídico que Mármol conoció perfectamente y lo trasladó a su libro.

Los asesinatos oficiales. La mashorca, que por medio del cuchillo y al grito de " mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios " (Ibid., I, XIII, p. 95), con odio, lograron meter a los ciudadanos bonaerenses en una época de terror que difícilmente olvidarían.

El cuchillo mutila las manos, los dedos caen, el cuello es abierto a grandes tajos; y en los borbotones de la sangre se escapa el alma de las víctimas, a pedir a Dios la justicia debida a su martirio. (Ibid., I, I, p. 6)

Y en gran medida, fue gracias a la mashorca que Rosas pudo mantenerse tanto tiempo en el poder.

El miedo. La atmósfera de miedo creada por Rosas logró conseguir muchos adeptos a su régimen. Unos por el temor y otros por conseguir algún favor del tirano, fueron muy dados a de-

latar a todos aquellos que conspiraban contra él. Los había de todos los tipos, desde las mejores familias, obviamente de federales, hasta la servidumbre (blancos o negros) que aparentemente eran fieles a sus patrones unitarios. Así cuando Daniel trata de proteger a Eduardo manifiesta:

- Si no lo creo, dudo. Oye, Amalia: tus criados deben quererte mucho, porque eres buena, rica y generosa. Pero en el estado que se encuentra nuestro pueblo, de una orden, de un grito, de un momento de mal humor se hace de un criado un enemigo poderoso y mortal. Se les ha abierto la puerta a las delaciones, y bajo la sola autoridad de un miserable, la fortuna y la vida de una familia reciben el anatema de la Washorca. (Ibid, I, II, p. 18)

El asesinato de sus opositores. En Amalia destaca el asesinato del 27 de junio de 1839 del presidente de la Cámara de Representantes Don Manuel Vicente Maza. El motivo fue una conspiración contra Rosas, encabezada por el hijo del presidente de la Cámara, el teniente coronel Don Ramón Maza quien al parecer, al menos no lo aclara bien Mármol, era el responsable del levantamiento y su padre nada tenía que ver (el hecho se

puede cotejar en Facundo o civilización y barbarie). Pero en el fragmento del documento oficial que presenta el autor nos habla de la complicidad del padre y el hijo.

Pues bien, señores, el autor principal del crimen tan execrable era el hijo de nuestro presidente ; y sin duda alguna, datos muy exactos y antecedentes muy fundados comprobaban la connivencia del padre en el complot del hijo: (Ibid, IV, I, p. 250)

Una vez más una mera sospecha causó el crimen previo a las fiestas de las parroquias.

Las actividades de Doña María Josefa Escurra.

Los años 33 y 35 no pueden ser explicados en nuestra historia, sin el auxilio de la esposa de Don Juan Manuel Rosas, que sin ser malo su corazón , tenía, sin embargo, una grande actividad y valor de espíritu para la intriga política; y 39, 40 y 42 no se entenderían bien si faltase en la escena histórica la acción de Doña María Josefa Escurra... mujer de pequeña estatura, flaca, de fisonomía enjuta, de ojos pequeños, de cabello desaliado y canoso, donde flotaban las puntas de un

gran moño de cinta color sangre; y cuyos cincuenta años de vida estaban notablemente aumentados en su rostro por la acción de las pasiones ardientes.

(Ibid., I, IX, pp. 66-67)

Esta mujer apasionada y ferviente defensora de la causa federal, sirvió fiel y aduladoramente a Rosas, organizando con negros, mulatos, indios y blancos todo el sistema de delación en perjuicio del bando unitario. Es gracias a ella que Eduardo es descubierto cuando, al tocarle la pierna herida, se da perfecta cuenta de que él era el sobreviviente de aquella noche desafortunada del 4 de mayo.

A la Gaceta Mercantil. Diario que sirvió como medio de difusión de la ideología federal y como tribuna desde donde se atacaban los intereses unitarios. Así mismo medio por el cual se llegaron a justificar muchos de los asesinatos ordenados por Rosas.

... ya llegaba el momento, decíamos, de salir de su casa cuando entró muy familiarmente en ella el comandante Mariño, redactor de la Gaceta Mercantil, vasto albañal por donde pasaban todas las inmundicias de la dictadura y de su partido; pasquín diario donde se difamaba individualmente, hasta en lo

más recóndido de la vida privada, a cuanto hombre se había pronunciado contra la tiranía de Rosas; inventando las más torpes calumnias hasta sobre los hombres jóvenes que no tenían un solo antecedente público en su vida. (Ibid., III, VII, p. 198)

Al " Ilustre Restaurador de las Leyes ", al " Héroe del desierto ". Como ya se mencionó, el centro de la denuncia y los ataques de Mármol en su novela fue Juan Manuel Rosas. De él censura el haber sometido a su propia hija, Manuelita Rosas, a sus caprichos, como cuando la obligó a besar la mano del imbécil Vigua. Al negarse ésta, Rosas ordenó al hombre besar la en la boca a la fuerza. Esto, tan sólo para diversión de su padre que gosaba humillándola de ésta y otras maneras. Con ello consigue cambiar todo lo bueno que su hija poseía.

Al igual, desaprueba la absurda orden de que toda ciudadana no portara la cinta colorada, distintivo propio de la federación, y que hasta las mujeres tenían que pasar la vergüenza de portarla so pena de sufrir fuertes castigos al considerar las unitarias. Doña Josefa Ezcurra se encargaría de supervisar el cumplimiento de la orden, llegando a sugerir que se les clave en la cabeza el listón o pegárselas con brea a las

que se negaran a usarlo.

Porque profanó los templos al mandar colocar las fotografías de él y su esposa en los altares. Y no sólo logró profanar los templos, también prostituir a todos los integrantes de la iglesia, infundiéndoles tanto miedo como a los laicos. Pero nos dice Marmol que la corrupción eclesiástica era producto de la poca fe de sus representantes.

Porque supo hacer de los ministros extranjeros fieles servidores a su causa, pues sobre ellos también pendía el cuchillo de la mazorca. Le convenía hacer su aliado a Inglaterra a como diera lugar, y para ello logró hacer del ministro Mandeville un pelele más a su servicio, para hacerle frente al bloqueo impuesto a Buenos Aires por los barcos de Francia, país que se convertiría en un enemigo más de su santa causa.

El Señor Mandeville, sin embargo, no desmayaba por eso. Y, decididamente en favor de los intereses personales de Rosas, trabajando, cuanto le era posible en una posición como la suya, por imprimir un movimiento contrario a los negocios del Plata;

Rosas tenía en él una completa confianza; es decir conocía que Mandeville sentía, como todos, la enfermedad del miedo; y contaba con su inteligencia

cuando necesitaba de un enredo político, como contaba con el puñal de sus mashorqueros cuando había una víctima que sacrificar a su sistema. (Ibid, I, VII, p. 52)

La barbarie. Este mal de Argentina no estaba únicamente en ese " Tirano ungido por Dios para salvar a la patria ". Mármol, al igual que Sarmiento, se da cuenta que esas grandes llanuras, la Pampa, representaba un obstáculo casi tan insalvable como lo era Rosas, para que la civilización penetrara y salvara de la ignominia al pueblo argentino.

Al escaso resplandor de las estrellas se descubría el Plata, desierto y salvaje como la Pampa; y el rumor de sus olas, que se desenvolvían sin violencia y sin choque sobre las costas planas, parecía más bien la respiración natural de ese gigante de la América... (Ibid, I, I, p. 4)

Era el habitat natural del gaucho en donde impuso su ley, la ley de la barbarie que haría de las ciudades otras pampas.

Toda la Naturaleza tenía allí ese aspecto desconsolador, agreste e imponente al mismo tiempo, que

impresiona el espíritu argentino y parece contribuir a dar el temple a sus pasiones profundas y a sus ideas atrevidas.

Naturaleza especial en la América, Naturaleza madre e institutriz del gaucho. (Ibid, IV, VIII, p. 284)

Y el máximo representante de la barbarie estaba al frente de esta nación de gauchos.

Rosas, que era el mejor gaucho en todo sentido; que reunía a su educación y a sus propensiones salvajes, todos los vicios de la civilización; porque sabía hablar, mentir y alucinar. (Ibid, IV, VIII, p. 288)

2.4 Respuesta de Mármol al problema del dictador en Amalia

En una de las tantas digresiones con las cuales interrumpe su narración, Mármol describe la situación política por la que atraviesa el gobierno de Rosas (4 de mayo de 1840). Habla de la crítica situación por la que atraviesa el dictador. Una serie de sucesos, surgidos casi al mismo tiempo, le permitieron vislumbrar una próxima caída: más de la mitad de

las provincias de la república Argentina se pronunciaron en contra de Rosas, sólo la zona sur y Buenos Aires seguían controladas, a causa de la derrota de la llamada Revolución del Sur; Lavalle dominaba la zona de Corrientes y Entre Ríos y parecía que de un momento a otro se lanzaría sobre la capital, y apoyado el Ejército Libertador por la juventud de Buenos Aires, se veía como el más serio enemigo de Rosas; en la zona oriental, Montevideo, Fructuoso Rivera obtuvo una sonada victoria (Cagancha) sobre el ejército de su enemigo argentino; y agravando más la situación del tirano, Francia emplazó sus barcos en el Río de la Plata, estableciendo un bloqueo al gobierno rosista.

El momento histórico y crucial de la dictadura exigía también una respuesta histórica. La respuesta no estaba al alcance de Mármol. Tenía la esperanza de que los enemigos de Rosas se confabularan en su contra hasta liquidarlo (al menos Lavalle), la respuesta del argentino se reducía a esa esperanza. El optimismo de Mármol poco a poco se iría derrumbando: las provincias jamás emprenderían verdaderas acciones contra Buenos Aires; Rivera no atacaría a su enemigo a pesar de que sus conciudadanos lo animaban a ello; los franceses al cambiar de embajador, retiraron su bloqueo hasta la desembocadura del

Río de la Plata, aligerando los efectos de éste, además de que Rosas ya contaba con la ayuda de Inglaterra, aunque fuera ayuda no muy de su agrado. Rosas, como lo advierte el novelista, no era un verdadero militar, contaba con su instinto de gaucho, la indecisión de sus enemigos y su buena suerte que, a la postre, terminarían por sacarlo a flote, contra los deseos del mismo escritor. Y, es claro que, de haberse confabulado todas las circunstancias descritas, sí hubieran terminado con la dictadura.

Mármol puso toda su fe de romantico liberal en su personaje Daniel Bello - que no es otro que Mármol -. De este modo, valiéndose del personaje, nos explica sus deseos para una pronta caída del dictador, además, el porqué Juan Manuel Rosas se mantendría en el poder hasta 1852.

En primer lugar, precisamente, en el capítulo titulado " Daniel Bello " (Ibid, VIII, II), Daniel, en una de las reuniones clandestinas de la juventud bonaerense, les hace ver a todos los jóvenes la necesidad de permanecer en la ciudad, donde se encuentra el hombre que había impuesto el terror entre ellos, y no integrarse al ejército de Lavalle, pues cuando éste se decidiera a entrar a combatir al tirano, ellos estarían trabajando desde dentro para darle el tiro de gracia.

Por otra parte, el mismo Daniel Bello manifiesta una de las causas que ha permitido que Rosas se mantenga contra viento y marea. El origen de ella era que Rosas supo aprovechar la individualización, aunque suene a paradoja, de los unitarios, su falta de unión y su desorganización.

Estúdiense como se quiera la filosofía de la dictadura de Rosas y se averiguará que la causa de ella está en la individualización de los ciudadanos. (Ibid., II, VIII, p. 144)

No sólo eso, les marcaba la pauta a seguir.

¿ Queréis patria, queréis instituciones y libertad, vosotros que os llamáis herederos regeneradores de un mundo ? Pues bien, recordad que ellos y la América toda, fue una asociación de hermanos durante la larga guerra de nuestra independencia, para lidiar contra el enemigo común; y asociados vosotros para lidiar contra el enemigo general de nuestra reforma social: - ¡ La ignorancia !; contra el instigador de nuestras pasiones salvajes: - ¡ fanatismo político !; contra el generador de nuestra desunión, de nuestros vicios, de nuestras pasiones rencorosas, de nuestro espíritu vanidoso y terco : - el escepticismo religioso. Porque creedme: nos

falta religión, la virtud y la ilustración, y no tenemos de la civilización sino sus vicios. (Ibid, II, VIII, p. 146)

En otras palabras, había que luchar contra la barbarie, aunque pienso que no se propone nada en concreto, sólo el derrocamiento del tirano, sin importar como ni resultados.

La única esperanza que le quedaba a Daniel Bello (Mármol) sería que el ejército de Lavalle optara por lanzarse sobre Buenos Aires y derrotara definitivamente a Rosas. Lavalle nunca lo haría, es más, sería derrotado por Rosas. Ciertamente, el ejército grande vencería al dictador, como vaticinó Mármol, pero sería hasta 1852, bajo el mando de Urquiza. Rosas se marcharía a Inglaterra.

Para finalizar, haré dos observaciones pertinentes y manifiestas en la novela: Mármol vio en los Estados Unidos (Ibid, IV, " Mr. Slade ", V) a un aliado que ofrecía su amistad y protección a los perseguidos del déspota Rosas que las solicitaron. Era lógico suponer que Mármol estaba en la posición de aceptar la ayuda de cualquier nación que se la ofreciera. Las circunstancias por las que pasaba su país así lo indicaban, además de que Estados Unidos no había alcanzado el desarrollo que le permitió a la postre encumbrar a otros

dictadores en el poder y para su beneficio. De haberlo sabido no hubiera esbozado su admiración, en boca de Daniel Bello, por esta nación; Mármol también deja entrever, si se quiere inconscientemente, y hasta de modo profético que " El Ilustre Restaurador de las Leyes " y los demás dictadores latinoamericanos siguientes llegarían a convertirse en un mito. Esto se puede comprobar en el único pasaje en el que se advierte el hecho mítico y sobrenatural.

La puerta vidriera del rancho daba al oriente , y los vidrios estaban cubiertos por cortinas de coque punzó. El sol estaba levantándose entre su radiante pabellón de grana; y sus rayos quebrándose en los vidrios de la puerta y su luz tomando el color de las cortinas, venía a reflejar con él en el agua del vaso un color de sangre y fuego.

Este fenómeno de óptica llevó el terror a la imaginación de los secretarios, que, herida por la idea que acababan de comprender en Rosas al mandar las clasificaciones a su hermana política, les hizo creer que el agua se había convertido en sangre, y súbitamente se pararon pálidos como la muerte.

La óptica y su imaginación, sin embargo, se habían combinado para representar, bajo el prisma de una ilusión, la verdad terrible de ese momento. Sí, porque en ese momento bebía sangre; sudaba sangre

y respiraba sangre; concertaba en su mente, y disponía los primeros pasos de las degollaciones que debían venir pronto bañar en sangre la infeliz Buenos Aires. (Ibid, V, III, pp. 347-348)

Como vemos la solución no podía darse cuando el dictador apenas había surgido. Vendrían muchos más y Mármol ni siquiera lo sospechaba.

NOTAS CAPITULO II

- 1 Con Sarmiento, más que la narración de la vida de Quiroga, nos muestra el encumbramiento de Rosas. Sarmiento, Domingo Faustino, Facundo o civilización y barbarie, México, SEP-UNAM, 1982.
- 2 Sarmiento, Domingo Faustino, Ibid., p. 155.
- 3 Ansaldi, Waldo, La forja de un dictador. El caso de Juan Manuel Rosas, en Dictaduras y dictadores, coord. Labastida Martín, Julio y varios, México, Siglo XXI-UNAM, 1986, pp. 87 y 89.
- 4 Estas son las invectivas con las que Rosas ordenó se nombrara a todos sus opositores. Es curioso que la gente representante de la barbarie (Rosas y sus esbirros) llamasen salvajes a los representantes de la civilización.
- 5 Sánchez, Luis Alberto, Proceso y contenido de la novela hispanoamericana, Madrid, Gredos, 1976, pp. 428-433.
- 6 Anderson Imbert, Enrique, Historia de la literatura hispanoamericana, México, F.C.E., 1982, p. 221.
- 7 Es valiosa la aportación que John S. Brushwood hace en relación con la elaboración de Amalia. Brushwood sostiene, refiriéndose a la novela como tragedia: " Esta tragedia - y no

los principios políticos que constituyen la raíz - es el material novelístico del libro ". Es decir, que la denuncia se supedita a la ficción literaria. Son los argumentos que Brushwood presenta en su exposición, pero me da la impresión de que trata de demostrar la existencia de un proceso narrativo para crear una ficción, cosa que nadie niega. La debilidad estructural y las constantes arengas contra el dictador (aunque sean informativas como lo dice Brushwood) me hacen pensar que la ficción es un microcosmos que explica la denuncia y la historia política. Brushwood, John S., La barbarie elegante. Ensayos y experiencias en torno a algunas novelas hispanoamericanas del siglo XIX, México, F.C.E., 1988.

8 Ghiano, Juan Carlos, Prólogo de Analia, México, Ed. Porrúa, 1974, p.XLVI.

3. EL SEÑOR PRESIDENTE DE MIGUEL ANGEL ASTURIAS

Y ésta era la abertura que había dicho Tohil: que sacrificaran a todas las tribus ante él, que se les arrancara el corazón del pecho y el sobaco... y el corazón de las tribus estaba lleno de temor.

Popol Vuh

(III, VI y VIII, pp. 347-348)

3.1 Conformación de la novela El señor Presidente

En El señor Presidente, Miguel Angel Asturias, a diferencia de Mármol, muestra interés no sólo por encarar apasionadamente el tema del dictador, sino también se preocupa por el aspecto artístico de la novela. Asturias demuestra que la denuncia y la pasión no son elementos básicos en la creación literaria. Por medio de estas premisas logra que su obra se eleve a la altura de las mejores realizaciones de tema dictatorial, muy a pesar de comentarios como el de Gabriel García Márquez¹ quien califica de pésima novela y que considera a Leyendas de Guatemala como la mejor obra de Asturias. Si bien es cierto que presenta muchos defectos, los que mencionaremos en su oportunidad, no podemos menos que contrariar a García Márquez y no estar totalmente de acuerdo con su afirmación.

Pero veamos como logra integrar su obra Miguel Angel Asturias.

Como ya se dijo en el primer capítulo, en El señor Presidente no se aborda al dictador directamente, más bien se observan los efectos que el poder del tirano ha ejercido sobre su pueblo. Detectamos que el personaje dictatorial logra crear una atmósfera en donde flotan el miedo y la mentira entre los mendigos, sus servidores, sus enemigos y hasta en los inocentes. Así vemos el miedo y la mentira entre los mendigos cuando ocurre la muerte del coronel José Parrales Sorriente, " el hombre de la mulita ", todos fueron obligados a decir que el asesino había sido el general Eusebio Canales, todos menos El Mosco, pero no le creerían pues era ciego; es una mentira, que pagaría muy cara, la que llevó a cabo Cara de Angel para obtener los favores de Camila, y una mentira recibiría poco antes de morir, Camila se había convertido en la amante del señor Presidente; también se presenta el miedo llevado a los extremos cuando El Animal es condenado a muerte por el dictador por haber derramado el tintero sobre una hoja firmada previamente. Iber H. Verdugo² nos dice que el miedo, y yo agrego la mentira, convierte a los personajes en peleles, independientemente de su posición de víctimas o

victimarios. Las víctimas, porque saben de la omnipotencia del Presidente y no pueden escapar a su ira, en cualquier lugar que se escondan, hasta ahí los seguiría. Los victimarios, como los llama el mismo Iber H. Verdugo, " cazadores de hombres ", sufren el miedo de perder en cualquier momento el favor y la confianza del mandatario, pues de ser así la venganza de éste será implacable y para muestra basta el general Canales y el favorito Miguel Cara de Angel. De este modo El señor Presidente es la novela del miedo y la mentira. El Presidente provocaba este ambiente de temor sin siquiera estar presente, en toda la novela sólo aparece siete veces (Cap. V, " Ese animal "; cap. VI, " La cabeza de un general "; cap. XVI, " Todo el orbe cante "; cap. XIX, " Las cuentas y el chocolate "; cap. XXXII, " El Señor Presidente "; cap. XXXIV, " Canción de canciones "; cap. XXXVII, " El baile de Tohil "), no necesitaba más, bastaba pronunciar su nombre y el miedo se apoderaba de todos. El miedo y la mentira se erigen en dos personajes más³.

Abundando más sobre el dictador de El señor Presidente, nos encontramos con el carácter mítico del personaje. Todos los que han estudiado esta novela de Asturias coinciden en el hecho de que el personaje y el lugar pueden corresponder a

cualquier país latinoamericano y a cualquier dictador de estas latitudes. Pero también están conscientes de que cuando se lee la obra no se puede dejar de pensar en Guatemala bajo la tiranía de Mamel Estrada Cabrera principalmente, puesto que algunos afirman que el presidente también evoca a Ubiaco y a José María Orellana⁴. Decía que principalmente a Estrada Cabrera porque los pocos indicios⁵ que nos da Asturias permiten pensar que se trata de este dictador, pero no afirmar categóricamente que el personaje está estrictamente inspirado en él. Pero no es la identificación El señor Presidente-Estrada Cabrera el motivo por el cual adquiere el personaje la categoría de mito, esto es a causa de las cualidades sobrenaturales que el pueblo les confirió a ambos, a uno en la realidad y al otro en la creación novelística, sobre todo por el hecho de que casi nadie los conocía, muy pocas veces se dejaban ver y nadie sabía a ciencia cierta cómo eran y cómo vivían.

... en la ventana de los cuarteles vecinos velaban en pie de guerra, como todas las noches, al cuidado del Presidente de la República, cuyo domicilio se ignoraba porque habitaba en las afueras de la ciudad muchas casas a la vez, cómo dormía porque

se contaba que al lado del teléfono con un látigo en la mano, y a qué hora porque sus amigos aseguraban que no dormía nunca. (SP, I, I, " En el Portal del Señor ", p. 10. Las citas referentes a El señor Presidente se identificarán con las iniciales SP, las partes y capítulos con números romanos, y corresponden a la obra citada en la bibliografía)

Fan sólo rumores de la gente que se encargan de dar ese toque sobrenatural al tirano. Rumores que Asturias conoció y escuchó en voz baja durante su juventud acerca de Estrada Cabrera.

- Hablando de los dictadores de América Latina, usted dijo que presidentes como éste sólo aparecen en los países propensos a la mitología...
- Para que exista un presidente así se necesita que haya mitos, y Estrada Cabrera pasó a ser un mito. A él no lo veía nadie era una divinidad oculta, era naturalmente un ente mitológico.⁶

Y de las crueldades cometidas por él durante su gobierno de terror en Guatemala y que de una u otra forma ayudaron a configurar al personaje de la novela.

La idea del mito no estaba completa con la asociación de El señor Presidente-Estrada Cabrera. Asturias conocía ampliamente la historia y leyendas de los pueblos quichés. Es pre-

cisamente de ahí de donde toma el otro elemento para terminar de configurar a su dictador como ser sobrenatural: el dios Tohil. Y así como Tohil exigía al pueblo maya sacrificios humanos a cambio del fuego, el Presidente toma las vidas de sus súbditos a manera de sacrificios. Es esta visión de Tohil (sacada del Popol Vuh), la que se le presenta a Cara de Angel como una pesadilla que mostraba las dimensiones del dictador:

Tohil exigía sacrificios humanos. Las tribus traían a su presencia los mejores cazadores, los de la cerbatana erecta, los de las hondas de pita siempre cargadas. " Y estos hombres, ¿ qué ; ; ¿ casarán hombres ? ", preguntó Tohil... " ; Estoy contento ; Sobre hombres cazadores de hombres puedo asentar mi gobierno. No habra ni verdadera muerte ni verdadera vida. ¿ Que se me baile la jícara." (SP, III, LXXVII, " El baile de Tohil ", p. 232)

El dios Tohil era el Presidente y su principal hombre cazador de hombres era Miguel Cara de Angel (sin olvidar al Auditor de Guerra y a Parrales Sonriente), aunque éste no tardaría en ser el siguiente sacrificio ofrecido al dios Presidente-

Tohil.

Para la conformación de El señor Presidente, como lo afirma Asturias en la misma entrevista concedida a Rita Guiber⁷, recurrió a sus recuerdos, a sus vivencias y a los rumores escuchados en voz baja en su juventud con respecto a Estrada Cabrera, hasta integrar el cuento Los mendigos políticos, que nunca se publicaría, pero daría material para los primeros capítulos de la novela, en la que se observa cierta unidad. Después el autor iría agregando a este cuento otra serie de capítulos un tanto deshilvanados, logrando conformar una novela endeble en su estructura. Esto causado por esa tentativa inicial de crear un cuento y no una novela como ocurrió. Basten dos partes para ejemplificar: en los pasajes que van del cap. IV, "Cara de angel", al cap. VI, "La cabeza de un general", de la 1.ª parte, se encuentra el cap. V, "Ese animal", en el cual se narra la muerte, por orden del presidente, del personaje que precisamente recibe el nombre de "El animal", y nada tiene que ver con los capítulos anterior y posterior donde se habla de la ayuda que Cara de Angel le presta al "Pelele", lo que le sirve de pretexto cuando se presenta tarde ante el tirano; o como en el caso de las apariciones del estudiante y el sacristán que se en-

cuentran presos injustificadamente (al igual que otros personajes) y que interrumpen la narración con sus intervenciones (cap. II, " La muerte del mosco ", la. parte, cap. XXVIII, " Hablen en la sombra " y el " Epílogo ", 3a. parte). Pese a sus errores estructurales encontramos algunos elementos que logran darle vigor y cierta cohesión a la novela. Así tenemos: el motivo que da origen a todos los demás sucesos, la muerte del general Parrales Suriente, el otro brazo fuerte del presidente, por la que es culpado el general Canales; el miedo y la mentira, ya comentados, elementos que transforman a los personajes en seres degradados y casi animalescos, en peleles; Cara de Angel que sería el ejecutor encargado de castigar el asesinato del " hombre de la mulita ", sólo que al perder el favor del dictador se convertiría en la siguiente víctima, en el ángel caído por culpa del amor que despertó en él, Camila; pero será el señor Presidente quien controlará todo lo que sucede en la historia, ese ser maligno que se mueve entre las tinieblas del infierno creado por él mismo, disponiendo de las vidas, dictando sentencias y convirtiendo la vida entera de su país en grotesca pesadilla que sólo tendrá su fin en la muerte.

Otra parte importante en la estructura de El señor Presi-

dente va a ser el lenguaje con el que, aún describiendo lo más feo y putrefacto de la sociedad, consigue crear muchos pasajes llenos de belleza poética. Para lograr todos los efectos que sugiere la obra, Asturias tuvo que viajar a París, como muchos escritores de la época, y asimilar las corrientes de la vanguardia, sobre todo del surrealismo, su guía para la elaboración de su novela, así como de la muy sugerente, casi siempre, descomposición del lenguaje e incorporación de sonidos, también a veces injustificados, con función metafórica. Asturias concibió la obra como un sueño infernal, sus personajes no saben distinguir si eran más insufribles sus sueños o la realidad en que se movían. Camila, una vez que ha perdido todo, y ya casada con Cara de Angel, vive entre fantasmas.

A pesar del sol que ardía en las quemaduras verdes de sus pupilas y del aire con el peso de cadena que llenaba sus pulmones, Camila se preguntaba si era ella la que iba andando. Los pies le quedaban grandes, las piernas como zancos. Andaba fuera del mundo, con los ojos abiertos, recién nacida, sin presencia. Las telarañas espumaban el paso de los fantasmas. Había muerto sin dejar de existir como

en un sueño, y revivía juntando lo que en realidad era ella con lo que ahora estaba soñando. (Ibid, III, XXXIV, " Luz para ciegos ", p. 210)

Y que decir del " Pelele " que aún en su locura febril y atormentado por el fantasma de su madre, es acosado por todo lo que le rodea.

Medio en realidad, medio en el sueño, corría el Pelele perseguido por los perros y por los clavos de una lluvia fina. Corría sin rumbo fijo, despavorido, con la boca abierta, la lengua de fuera, enfiada de mocos, con la respiración acerosa y los brazos en alto. A sus costados pasaban puertas y puertas y puertas, y ventanas y puertas y ventanas ... De repente se paraba, con las manos sobre la cara, defendiéndose de los postes del telégrafo, pero al cerciorarse de que los palos eran inofensivos se carcajeaba y seguía adelante, como el que escapa de una prisión cuyos muros de niebla a más correr, más se alejan. (Ibid, I, III, " La fuga del Pelele ", p. 18)

Si el elemento onírico del surrealismo es la base de la narración de Asturias no podemos olvidar la función, también importante y premonitoria del lenguaje, que por medio de su descom

posición en sonidos, Cara de Angel advierte su trágico fin cuando el sonido de las ruedas del tren le anunciaban su muerte.

Cara de Angel abandonó la cabeza en el respaldo del asiento de junco. Seguía la tierra baja, caliente, inalterable de la costa con los ojos perdidos de sueño y la sensación confusa de ir en el tren, de no ir en el tren, de irse quedando atrás del tren, cada vez más atrás del tren, más atrás del tren, más atrás del tren, más atrás del tren, cada vez más atrás, cada vez más atrás, cada vez más atrás, más y más cada vez, cada vez cada vez... (Ibid, III, XXXVIII, " El viaje ", p. 237)

Reconocemos que, como en este pasaje, tan rítmico que se hayan conjugadas la anáfora continuada y la paronomasia, y el que corresponde al inicio de la novela, el lenguaje cumple satisfactoriamente su función, pero hay momentos en que no se alcanza a percibir el sentido dado por Asturias.

Es indiscutible la influencia esperpéntica de Tirano Banderas de Valle Inclán en El señor Presidente, muy a pesar de

que Asturias alegue que su texto ya estaba terminado mucho antes que el del creador de la teoría del esperpento⁸. Pero aun que aplica la técnica valleinclanesca para la elaboración de su obra, Asturias por momentos supera al español. Es lógico suponerlo porque Valle Inclán se concretó a lograr una caricatura de los dictadores latinoamericanos, una caricatura que provoca cierto miedo pero una caricatura a fin de cuentas, en la que el personaje Santos Banderas es derrocado, pero me da la impresión de que su caída es un tanto simplista. Valle Inclán no ahonda en la problemática dictatorial de América Latina, que es más compleja de lo que supone o dicho de otro modo no la conocía a la perfección. El coronelito de la Gándara, como Eusebio Canales al Presidente, llegó a ser fiel servidor de Santos Banderas y encabezaría el movimiento que daría muerte al dictador. De la Gándara se unió al Cuartel General del Ejército Revolucionario en el que, al igual que en Amalia, no existía unión ni organización para iniciar la rebelión. Es cierto, esta revolución alcanza la victoria, pero el papel a futuro del coronelito de la Gándara queda en el aire. Asturias, más conocedor del lugar y de los dictadores latinoame-ricanos, situación por mucho ventajosa para el guatemalteco, no crea una caricatura sino una pesadilla, esperpéntica eso

sí, no sólo del tirano, también del pueblo al que somete, además de que para Asturias esa pesadilla es una realidad de la que él fue testigo. En otras palabras El señor Presidente es más americana que Tirano Banderas, sin olvidar que la crítica ve mejor lograda, es evidente, la del español.

Para finalizar este apartado y para ampliar lo que mencionamos al inicio, en lo que se refiera a los defectos que presenta El señor Presidente y que resta cierta vigencia estructural y no de contenido, citaré las observaciones de Enir Rodríguez Monegal:

Pasado ese momento, aunque el libro sigue interesando al lector como retrato de un mundo en total proceso de descomposición, la novela revela (a una segunda lectura) importantes debilidades de estructura. Para decirlo brevemente: el poder descriptivo, la felicidad del lenguaje, el sistema de brillantes metáforas, no se sostiene (como en Tirano Banderas) de la primera a la última página. Asturias debe rellenar los huecos de su composición con pasajes chatos, la línea melodramática del argumento cruje y rechina bajo el peso de toda suerte de clisés narrativos y verbales, un folletín se desliza misteriosamente hasta instalarse

en el centro de la obra.⁹

Pero son precisamente estos anticuados recursos los que establecen la distancia entre dos obras, si se quiere con carácter folletinesco, como son El señor Presidente y Amalia.

3.2 Encumbramiento mítico del dictador

... ; Alumbra, lumbre de alumbre, Luzbel de piedralumbre ; Como subido de oídos persistía el rumor de las campanas a la oración, maldoblesar de la luz en la sombra, de la sombra en la luz. ; Alumbra, lumbre de alumbre, Luzbel de piedralumbre, sobre la podredumbre ; ; Alumbra, lumbre de alumbre, sobre la podredumbre, Luzbel de piedralumbre ; ; A lumbra, alumbra, lumbre de alumbre..., alumbre..., alumbra..., alumbra, lumbre de alumbre..., alumbra, alumbre... ; (SP, I, I, " En el portal del Señor ", p. 7)

Este doblar de campanas (juego de anagramas con plena alusión bíblica a la caída de Luzbel) de la Catedral, refugio de los pordioseros, con que abre su texto Asturias, nos da el recibimiento para entrar al país de el señor Presidente, país convertido en un infierno en donde nadie se mueve o vive sin

su consentimiento. Los temerosos y los favoritos consiguen a largar un poco más sus penosas vidas, los buenos y los traidores no tienen cabida en el infierno del dictador.

El Presidente gobernará siniestramente el tiempo que le venga en gana. No es gratuito que Asturias abra la primera y segunda parte de su novela con fechas más o menos precisas (21, 22 y 23 de abril; 24, 25, 26 y 27 de abril respectivamente), como hablando del inicio que todos los dictadores ofrecen: un gobierno efímero y estabilidad social. Luego, como lo manifiesta el inicio de la tercera parte (semanas, meses, años...), el tirano buscará eternizarse en el poder. Y pienso que Asturias va más allá, pues también sugiere que detrás del Presidente vendrán otros dictadores que continuarán con el mito del poder.

Estamos en el momento en que los dictadores han alcanzado su sitial máximo como mito, iniciado tíbiamente por José Mármol en Amalia quien, salvo en la escena descrita en el segundo capítulo de esta tesis, encaró a Juan Manuel Rosas como al caudillo que se había aprovechado del ilimitado poder que le confirieron, como un ser muy cercano a lo humano. Con el recrudescimiento de los golpes de estado, arriba y caída de muy diversos dictadores, la América Latina de la segunda mi-

dad del siglo XIX a nuestros días vio nacer a los más despóticos tiranos como Porfirio Díaz, García Moreno, Juan Vicente Gómez, Trujillo, Ubico y el mismo Estrada Cabrera, a quienes sus pueblos confirieron poderes sobrenaturales, de semi-dioses. Producto de estos dictadores (Estrada Cabrera en este caso), se da en la literatura el mito del Presidente y del dictador.

En efecto Miguel Angel Asturias, al igual que la sociedad encumbrió a Estrada Cabrera, lleva hasta el mismo estia a su Presidente, conservó las ideas que se tenían del dictador o dictadores que le sirvieron de modelo y las acrecentó con su equiparación al nivel del dios maya Tohil. Y no sé hasta que punto Asturias estaba consciente del riesgo que implicaba el presentarnos a un ser mítico y como ya se dijo sublimarlo, en aras de una pretendida toma de conciencia que sacudiera el ser de los lectores y a partir de esto surgieran alternativas para el derrocamiento de los tiranos, el novelista deja de lado la situación contraria: que su novela sirviera de reforzamiento y medio de reproducción del sistema dictatorial de gobierno impuesto en su Guatemala.

Asturias no quiso que su dictador fuera de otra manera y hasta cierto punto busca comprender su cualidad deítica, rag

treando en las culturas precolombinas su proceder de cazador de hombres. Prolonga esta búsqueda hasta nuestra época y nos dice que la cualidad mítica del dictador nos llega por herencia, por la propensión de nuestros pueblos a magnificar dictadores. Aunque nos aclara que el dictador no es un mito de ficción como los prehispánicos, sino una realidad mítica viviente y actuante. Sólo así se puede anular el mito del señor Presidente. El mismo Miguel Angel Asturias anuncia:

Termino. He abierto este enfoque sobre mi novela, que ha sido estudiada, hasta ahora, desde el punto de vista literario-político, pero que también habrá que estudiar en relación con esa visión o cosmovisión mítica, partiendo de la base de que no se trata de mitos, en el concepto de ficciones, de hechos inexistentes, sino de mitos vivos, vivientes, actuantes, que con apoyo en la pólvora, la pólvora todavía ayuda, con apoyo en las ideas religiosas, la religión ayuda tanto como la pólvora, y el terror, gobiernan como en las épocas atravesadas del mundo, con el agravante que ahora tienen a su disposición todos los adelantos de la técnica publicitaria, que les permite, no sólo intensificar su acción, por la prensa, la radio, la televisión y el cine, sino crear, con ayuda de los elementos psicológicos, corrientes de opinión favora-

bles o desfavorables a determinados puntos de vista, y el principal: mantener a los pueblos sometidos al servicio de los que los explotan.¹⁰

Tendríamos que agregar a lo que dice Asturias que la literatura también puede ayudar a prolongar este estado de cosas, que como en su caso, voluntaria o involuntariamente, cumple satisfactoriamente la función que él señala.

Por último, en descargo de la obra de Asturias, cabe mencionar que el momento histórico por el que atravesaba América, época de elaboración de la novela, no le permitió vislumbrar otra solución más viable al problema que enfrentaba que la simple toma de conciencia por medio de la denuncia a lo largo del texto, hay que aclarar que la sola conciencia sin la acción no sirve para nada. Había que dar una respuesta más ambiciosa.

3.3 Respuesta de Asturias al problema del dictador en El señor Presidente

Veamos antes de otra cosa la actitud de algunos personajes que tal vez no se rebelan contra el dictador pero sí manifiestan cierta inconformidad por las injusticias.

" El Mosco ". Es uno de los personajes que poca importancia se le ha concedido cuando se ha analizado la obra de Asturias. El único de los mendigos y el personaje que no se arredró ante la cercanía de la muerte. Se mantuvo en su actitud de sostener la verdad acerca de la muerte del coronel José Parrales Sonriente, muy a pesar de ser conminado por el Auditor de Guerra para que dijera que los asesinos habían sido el general Eusebio Canales y el licenciado Abel Carvajal. El Mosco llega a la osadía de desafiar a los gendarmes, con el lenguaje propio de los mendigos,

- ¡ Hombre, usté ; - protestaba el Mosco contra los malos tratos del polizón -, usté sí que como matar culebra, ¿ verdad ? ; Ya porque soy pobre ; Pobre, pero honrado... ; Y no soy su hijo, ¿ oye ? , ni su muñeco ni su baboso, ni su qué para que me lleve así ; ; De gracias agarraron ya acarriar con nosotros al Asilo de Mendigos para quedar bien con los gringos ; ; Qué cachá ; ; A la cran sin cola, los chumpipes de la fiesta ; ; Y siquiera lo trataran a uno bien ; ... (SP, I, II, " La muerte del Mosco, p. 13)

y de burlarse, poco antes de morir, del Auditor de Guerra, sosteniendo que el Pelele era el asesino.

- ¿ No ve que soy ciego ? ...
- Niegue entonces que fue el Pelele...
- ¡ No, porque ésa es la verdad y tengo calzones ; Un latigazo doble le desangró los labios...
- ¡ Es ciego, pero oye; diga la verdad, declare co mo sus compañeros... ¡
- De acuerdo - adujo el Mosco con la voz apagada; el Auditor creyó suya la partida -, de acuerdo, ma cho lerdo, el Pelele fue...
- ¡ Imbécil ! (Ibid, I, I, " La muerte del Mosco ", p. 16)

El Mosco se convierte pues en ese breve resquicio por donde la luz de la verdad brilla, pero es apagada rápidamente porque en el infierno del Presidente la verdad y el valor no tienen cabida.

" Cara de Angel ". Hombre de confianza del Presidente murió sin saber a ciencia cierta en qué había consistido su traición, porque a decir de él siempre fue fiel al Presidente y uno de sus tantos aduladores. Su pecado fue "enamorar a la prefe... del Señor Presidente " (Ibid, III, XLI, " Parte sin novedad ", p. 253), mentira que provocaría su muerte. Si el Mosco murió por sostenerse en la verdad, Cara de Angel moriría por el amor de Camila. Así en un mundo de miedo y mentira, también el amor no podía flore-

cer. Pero a pesar de todo, el amor no redime a Cara de Angel, y si seguimos las cualidades que le asigna Asturias de ser bello y malo como Satán, veremos que el amor nació en él como producto de la mala acción contra el general Canales y del posterior rapto de Camila. No ahondaremos más en este personaje que ha sido tratado casi exhaustivamente por los que se han acercado a la novela de Asturias.

" El general Eusebio Canales ". Se ve en la necesidad de huir, ayudado, supuestamente, por Cara de Angel, por haber asesinado al " hombre de la mulita ". El sabe que es inocente pero una vez que ha caído la acusación sobre su cabeza no al canzaría el perdón del Presidente.

" ; Los generales son los príncipes de la milicia ; ", dije en un discurso... ; " ; Qué imbécil ; ; Cuánto me ha costado la frasecita ; ; Por qué no dije mejor que éramos los príncipes de la estulticia ? El Presidente no me perdonará nunca eso de los príncipes de la milicia, y como ya me tenía en la nuca, ahora sale de mí achacándose la muerte de un coronel que dispensó siempre a mis canas cariño so respeto. " (Ibid, I, X, " Príncipes de la milicia ", p. 57)

" Chamarrita " se había dado cuenta de las injusticias del go-
bierno del Presidente, y él había participado en muchas de
ellas durante el tiempo en que le sirvió incondicionalmente.
Para vengarse del Presidente reúne un ejército para iniciar
la revolución que derrocara al que fuera antes su amo. Revo-
lución ni siquiera iniciada porque moriría antes y sus solda-
dos no podían creer que sin más ni más se muriera después de
comer, se preguntaban: " ; Algo le dieron, raíz de chiltepe,
aceitillo que no deja rastro cuando mata, que qué casual que
muriera en ese momento ; " (Ibid., III, XXXVI, " La revolu-
ción ", pp. 222-223).

" El estudiante ". Va a dar a la cárcel sin saber por qué,
tan sólo se ordenó que lo pusieran en una bartolina, incomu-
nicado por revolucionario. Aún en la oscuridad de su pesti-
lente bartolina habla de libertad, de escapar e incorporarse
a la revolución y no pierde esta esperanza a pesar del pano-
rama de horror que le plantea un compañero de celda, más to-
davía, se niega a aceptar que el rezar y el volver la cara a
Dios sea la opción a la libertad. Como que muy en el fondo
del alma rebelde del " Estudiante ", surgía la necesidad de
hacer algo más que ponerse a rezar. Resulta altamente signi-
ficante como Asturias nos habla de su impotencia al salir li-

bre, dudando que su personaje pueda dar el cambio.

El estudiante llegó a su casa, situada al final de una calle sin salida (el subrayado es mío) y, al abrir la puerta, cortada por tosecitas de la servidumbre que se preparaba a responder la letanía, oyó la voz de su madre que llevaba el rosario:

- Por los agonizantes y caminantes... Porque reine la paz entre los Príncipes Cristianos... Por los que sufren persecución de justicia... (Ibid, III, Epiflogo, p. 256)

El Estudiante pudo ser la solución al derrocamiento del dictador, pero Asturias no lo supo aquilatar como lo haría Carpentier mucho tiempo después.

Como vemos, Asturias sólo aspiraba por medio de su novela a la toma de conciencia de los latinoamericanos que habían colaborado, junto con él, a la forja del mito del dictador. Y es que el novelista no creía en soluciones fáciles y felices. No creía en revoluciones surgidas de la noche a la mañana, dirigidas por militares desertores que, quizá, una vez instalados en el gobierno, cometerían las mismas o peores injusticias que su antecesor, como esa revolución fallida que intentara el general Eusebio Canales. Y, de modo general, los

personajes de la novela no poseen las cualidades ideológicas y tácticas idóneas, pero sobre todo, no tienen el elemento más importante: el apoyo popular. El Mosco se muerde, se golpea con los otros mendigos por esa riqueza llena de desperdicios y jamás ayuda a nadie ni lo ayudan; Cara de Angel lanza improperios contra los que lo apresan pero nunca contra el Presidente, ni siquiera cuando se entera de la calumnia levantada a Camila, hasta el fin piensa que cumple con las órdenes del tirano; Canales es otro dictador en potencia, aunque muere; y el Estudiante una muy lejana esperanza.

Es verdad, Asturias ha superado y con mucho las apasionadas arengas de Mármol, pero no ha podido dar el salto que diera como resultado una obra mejor lograda (obviamente me refiero al derrocamiento de la dictadura), es decir, apenas se ha acercado tímidamente al lugar desde donde salen los mandatos del Presidente y con cierto respeto se atreve a ridiculizarlo (cap. XXXII, " El Señor Presidente ", 3a. parte, pp. 198-200), pero en lo ridículo y grotesco resulta terrible. Su dictador permanece incólume, tanto que el mismo Asturias le concede un tratamiento respetuoso.

Su excelencia [el subrayado es mío] puso los

ojos bajo los párpados, para ahogar la visión invertida de las cosas que el alcohol le producía en aquel momento. (Ibid, III, XXXII, " El Señor Presidente ", p. 198)

Y esto último es lo que más me preocupa de su novela así como el tono tan solemne del título de la misma: "El señor Presidente".

Encumbró, muy a su pesar, el mito del dictador y el mito del pueblo oprimido.¹¹

NOTAS CAPITULO III

- 1 García Márquez, Gabriel, El olor de la guayaba, Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza, Colombia-México, Editorial La oveja negra-Diana, 1982, p. 57.
- 2 Verdugo, H. Iber, El Señor Presidente: Una lectura " Estructuralista ", en El Señor Presidente, Edición crítica (3), México-Madrid-Buenos Aires, Editions Klincksieck, 1978, p. CLXXXII.
- 3 En su estudio, Carlos Navarro eleva a la categoría de personaje al miedo, tan perceptible como el Pelele o Cara de Ángel: " No se trata sólo de un ambiente psicológico colectivo esparcido por los planos más recónditos de la novela. El miedo aquí es un hecho físicamente perceptible, tan palpable como los cuerpos de sus víctimas ". Navarro, Carlos, La Hipotiposis del miedo en El Señor Presidente, en Revista Iberoamericana, Vol. XXXII, Núm. 61, Enero-Junio, p. 51.
- 4 Sáenz, Jimena, Genio y figura de Miguel Angel Asturias, Buenos Aires, Eudeba, 1974, p. 36.
- 5 Navas Ruiz, Ricardo, El Señor Presidente: de su génesis a la presente edición, en El Señor Presidente, Edición crítica, Op. cit., pp. XXI-XXV.

- 6 Guibert, Rita, Siete voces. Los más grandes escritores latinoamericanos se confiesan con Rita Guibert. Miguel Angel Asturias, México, Editorial Novaro, 1974, p. 152.
- 7 Ibid, pp. 149-152.
8. Asturias, Miguel Angel, Latinoamérica y otros ensayos, Madrid, Guadiana Publicaciones, 1970, p. 32.
- 9 Rodríguez Monegal, Emir, Los dos Asturias, en Revista Iberoamericana, Vol. XXXV, Núm. 67 (Homenaje a Miguel Angel Asturias), Enero-Abril, 1969, p. 15.
- 10 Asturias, Miguel Angel, El Señor Presidente como mito (Post-data), en El Señor Presidente, Edición Crítica, Op. cit., p. 306.
- 11 En lo que se refiere a la actitud revolucionaria de Asturias, García Márquez, en la entrevista a Rita Guibert, Siete voces, Op. cit., la cuestiona diciendo que no puede ser revolucionaria una persona que sirve de embajador a un gobierno militar para obtener el premio Nobel. Probablemente refiriéndose a la junta militar instaurada en 1963. El cuestionamiento puede que demerite, por extensión, la obra, a entender de García Márquez.

4. EL RECURSO DEL METODO DE ALEJO CARPENTIER

Durante el fin de semana los gallinazos se metieron por los balcones de la casa presidencial, destrozaron a picotazos las mallas de alambre de las ventanas y removieron con sus alas el tiempo estancado en el interior, y en la madrugada del lunes la ciudad despertó de su letargo de siglos con una tibia y tierna brisa de muerto grande y de podrida grandeza.

Gabriel García Márquez
(El otoño del patriarca, p. 5)

4.1 Conformación de la novela El recurso del método

Iniciaré por el elemento central de la novela: el dictador, el Primer Magistrado. En Amalia el dictador es perfectamente identificable, es el caudillo Rosas y el país Buenos Aires; en El señor Presidente el dictador es un mito que, con un poco de dificultad, lo asociamos con Estrada Cabrera y la sometida Guatemala; en El recurso del método no es un dictador en especial, pueden ser todos al mismo tiempo o bien cualquiera de ellos, ya que sus características se ajustan perfectamente a cualquier país y época en América Latina. Carpentier ha convertido a su dictador en un arquetipo. Mario Benedetti¹ señala que el cubano configuró al Primer Magistrado

con las características que mostraban algunos dictadores latinoamericanos en su forma de gobernar. Algo semejante encontré con Arturo Souto Alabarce, quien en la introducción a Tirano Banderas afirma que en una carta de Valle Inclán enviada a Alfonso Reyes:

Le dice en su carta que trabaja sobre una novela americana (Tirano Banderas); que busca una síntesis del héroe y el lenguaje de América; que inventa la república de Santa Fe de Tierra Firme , país imaginario; que piensa en mezclar al doctor Francia con Rosas, Melgarejo, López, don Porfirio... Le escribe también en otra carta de ideas extremadamente radicales en cuanto a los problemas sociales de México, que las revoluciones " no pueden hacerse en medias ".²

Carpentier seguramente no conocía el contenido de las cartas a Alfonso Reyes, pero sí conocía perfectamente la obra de Valle Inclán, y quizá de ahí tomó la idea para su dictador, obviamente con un mayor conocimiento de los tiranos latinoamericanos y sus métodos de gobierno, obtuvo mejores resultados. Así, el Primer Magistrado ilustrado se comporta como Porfirio Díaz, por su empecinada predilección por lo extranjero ,

sobre todo por la cultura y refinamiento franceses³, pero también en sus momentos de ira se comporta como el típico tirano, lleno de salvajismo, más cuando ve en peligro su permanencia en el poder.⁴

..., esos tres militaritos, halagados, distinguidos, rápidamente aupados en jerarquía, también estaban en el golpe. - " ; Hijos de puta ; "... Y , puesto repentinamente en paroxismos de ira, gritaba, clamaba, se atremolinaba, el Primer Magistrado, cayendo luego a los abismos del desconsuelo, gimiendo, herido, escupido en las entrañas, buscando, en lenguaje de tartarudo, los infamantes adjetivos, que mejor calificaran la traición, la felonía, el olvido de bondades, la máscara y el engaño. (RM, III, 7, p. 117. Las citas referentes a El recurso del método, se identificarán con las iniciales RM, los capítulos con números romanos y las partes con arábigos, y corresponden a la obra citada en la bibliografía)

Y de inmediato procedía a castigar semejantes intentos de usurpación.

Y habría que perseguir por tales tierras al general Hoffmann, cercarlo, sitiario, acorralarlo, y, al

fin, ponerlo de espaldas a una pared de convento , iglesia o cementerio, y tronarlo. " ; Fuego ; " No había más remedio. Era la regla del juego. Recurso del Método. (Ibid, III, 8, p. 121)

Como el clásico "mátenlos en caliente " de Díaz, y de remate hasta tiene el mismo fin del dictador mexicano, por lo que pongo en duda que Carpentier configurara a su tirano con sólo un diez por ciento de don Porfirio;

Y los últimos combatientes - unos treinta o cuarenta - fueron llevados al Matadero Municipal donde , entre cuerpos de reses, vísceras, tripas y hieles de animales, sobre charcos de sangre coagulada, se les colgó de los garfios y garabatos, por las axilas, por las corvas, por los costillares o el mentón, después de magullarlos a patadas y a culatazos. (Ibid, II, 5, pp. 81-82)

esta escena nos permite evocar el gobierno lleno de crueldad sistemática de Juan Vicente Gómez, acto que el Primer Magistrado trató inútilmente de ocultar a los ojos europeos; por ser cubano y, por ende, de primera mano la información de su tierra, era lógico suponer que, de manera general, el tirano mostrado por Carpentier tenga mucho de la personalidad y for

ma de gobernar de Gerardo Machado, de la vida que se llevó durante su dictadura, los problemas de la misma y su derrocamiento a manos de un estudiante, según información de Oscar Velayos Zurdo.

Es el llamado grupo Minorista (el Alfa-Omega en la novela)... y Rubén Martínez Villena, líder universitario, enfermizo pero comprometido hasta el punto que sería decisivo en el derrocamiento y con siguiente exilio de Machado, en 1933, y que inspiraría en buena medida la figura del estudiante en El recurso del método.⁵

En fin, podría seguir enumerando dictadores y situaciones que configuran al Primer Magistrado (dictador que me da la impresión de no sólo estar pensado sobre sus homólogos reales, sino también que el autor tomó recortes de tiranos pertenecientes a la literatura - Amalia, El señor Presidente, Maten al León, Tirano Banderas, etc. - hasta lograr el propio), pero basten tres tiranos que, al fin y al cabo, tienen los mismos recursos que los demás (la cárcel, la tortura, fusilamientos reales y fingidos, violaciones a las universidades, malos manejos administrativos, deudas con el exterior...).

La historia es un elemento básico y un rasgo singulariza-

dor no sólo en El recurso del método, también en obras como Los pasos perdidos o El reino de este mundo. Y Carpentier nos explica en su artículo Papel social del novelista⁶, que la tarea fundamental de éste (muy en especial el escritor latinoamericano) es la de ocuparse del mundo que le tocó vivir , analizar los pros y los contras del devenir de sus pueblos , es decir, detectar los problemas de nuestro continente, comunes en muchos casos, mostrarlos, solucionarlos en la medida de sus posibilidades y hasta donde les sea permitido. Porque es el pueblo y sus aspiraciones quien llevará al escritor a desarrollar el elemento épico en sus obras. Y, en El recurso del método, Carpentier cumple satisfactoriamente esta función , crítica desde luego, histórico-social de nuestro actual mundo.

Ahora bien, el mundo americano que Carpentier describe en la novela, lo hace con su particular estilo barroco, bastante apropiado para el también barroco americano (paisajes, personajes y costumbres), que descubrió durante sus viajes por el continente, lo que llamaría lo real-maravilloso. Este barroquismo lo expreso cabalmente por medio del conocimiento exacto de los regionalismos utilizados en su novela. No manejó el lenguaje con la visión turística y arbitraria de Valle Inclán en Tirano Banderas, que en su intento de crear una sín-

tesis de la lengua española, toma palabras o frases de cualquier lado, por el sólo hecho de que le resultaban fuertemente expresivas, cosa que no sucede con Carpentier, conocedor del uso y significado de las expresiones propias de los americanos. Así, por ejemplo, cuando trata de justificar el Primer Magistrado la matanza de Nueva Córdoba, dice que sofocó un alzamiento de indios y negros, a los que insulta con odio.

Vuelto a su entereza, puesto en combativo ánimo por lo escuchado, se desencarriló de pronto el Primer Magistrado de su francés harto medido, harto cuidado de la pronunciación y de la justeza del vocablo, para lanzarse, impetuoso, por el disparadero de un alud de impropiedades criollos que el otro veía llegar, atónito, como una invasión verbal de ideogramas ajenos a su entendimiento. Indios, negros, sí; zambos, cholos, pelados, atorrantes, rotos, guajiros, léperos, hijos de la chingada, chusmas y morralla... (EM, III, 6, p. 98)

Y qué decir de la lengua francesa a la que el Primer Magistrado recurre frecuentemente en sus momentos de calma y autosuficiencia, a ese lenguaje florido que ya le es anticuado y nadie cree en él. Con la combinación de su académica forma de

hablar, del francés y el español de nuestras tierras, se configura el barroco de Carpentier en la novela. Es necesario hacer notar que, el estilo barroco utilizado en sus obras anteriores, ahora se convierte en el recurso de burla a la forma de expresarse del tirano y dirigida también, al menos me da esa impresión, sobre sí mismo, como dice Benedetti: " Esa implacable caricatura del barroco que es la prosa verbal del Primer Magistrado convierte por contraste en despojado y sustancial el actual estilo del narrador-testigo ".⁷

Vayamos, ahora, con el aspecto humorístico de la novela. Para ello Carpentier se vale de la sátira, el sarcasmo, la burla, la ironía. El escarnio de que es objeto el dictador por parte del máximo representante de lo real-maravilloso, se convierte en constante asedio que no le deja punto de reposo y lo recibe de todas direcciones: por su forma de hablar, de beber, por su afrancesamiento (aunque extrañe su chinchorro cuando está en París), por lo extraño que le resulta el hecho de que sus supuestos amigos le retiren su " amistad " por la matanza de Nueva Córdoba, por su derrota ante el Estudiante y el abandono final de la gente que lo rodea como el Agente Consular gringo o el de su propia hija. Pero me llama la atención que el Primer Magistrado se burla

de sí mismo, al recriminarse por no trascender en la historia, hasta resultar casi patético.

En el caso suyo se dirá: Busto, estatua, de Un Dictador. Fueron tantos y serán tantos todavía, en este hemisferio, que el nombre será lo de menos. "
 (Tomó un libro que descansaba sobre una mesa)
 - " ¿ Figura usted en el Pequeño Larousse ? ¿ No ?
 ...Pues entonces está jodido "... Y aquella tarde
 lloré sobre un diccionario - " Je sème à tout vent -
 que me ignoraba. (Ibid, VI, 18, p. 293)

Del mismo modo, las citas del Discurso del método, del cual Carpentier parafraseó el título para el de su obra (desde aquí empieza la burla dirigida contra Descartes y el dictador), en tono un tanto irónico, que desafia la razón cartesiana porque el dictador no se conduce de acuerdo a ella , colocadas al inicio de los capítulos, nos dan un adelanto de las acciones irracionales del tirano, que provocan en el lector desde una leve sonrisa hasta la franca carcajada. Ejemplificaré con tres citas, las que, según yo, serían los momentos álgidos de la arquetípica dictadura que nos ofrece Carpentier: la primera cita, la que nos introduce en el tex-

to, dice " mi propósito no es el de enseñar aquí el método que cada cual debe seguir para guiar acertadamente su razón, sino solamente el de mostrar de qué manera he tratado de guiar la mía ", en esos momentos en que la narración se presenta en primera persona, en voz del dictador, nos empezamos a dar cuenta de la forma en que el Primer Magistrado va a guiar su razón, su forma de gobierno, y se puede resumir con sus propias palabras: " Tú lo sabes. Plomo y machete para los cabrones " (Ibid, IV cap., parte 10, p. 155), que se oponen a su gobierno, porque " No había más remedio. Era la regla del juego. Recurso del Método " (Ibid, III cap., parte 8, p. 121); la segunda cita nos dice: " hay algo como un muy poderoso y astuto engañador que usa de todas sus mañas para tenerme constantemente engañado ", su gobierno empieza a caérsele de las manos, se dan los bombazos en el mismísimo palacio, ve con miedo la llegada del comunismo a Nueva Córdoba y no puede comprender a ciencia cierta qué es lo que está a punto de derrocarlo; y la tercera cita habla de: " esos insensatos se empeñan en hacer creer que son reyes, siendo unos pobres, y que, estando desnudos, se visten de oro y púrpura ", es el epitafio que da fin a su gobierno y anuncia su ya cercana muerte, pero an

tes de morir añorará sus tiempos de perdida gloria, diciendo " ¿ Te acuerdas ? ¿ Te acuerdas ? " (Ibid, VII cap. , parte 21, p. 329). Así, el humor, no usado antes por Carpentier, se transforma en el recurso estilístico que guía su obra.

4.2 Semejanzas y diferencias frente a El otoño del patriarca y Yo el Supremo

Para este apartado tomaré como punto de partida algunas observaciones acerca de El otoño del patriarca de Gabriel García Márquez, Yo el Supremo de Augusto Roa Bastos y El recurso del método que Mario Benedetti hace en El recurso del supremo patriarca, para de ahí hacer las mías.

Al iniciar su estudio, Benedetti nos habla de la importancia que cada una de las novelas tiene en relación con las anteriores de sus respectivos autores. Roa Bastos es quien manifiesta los mejores logros, pues crea una novela de mayor envergadura que las precedentes. Y, por otro lado, ni Carpentier ni García Márquez conforman novelas importantes en relación con sus anteriores (sin que esto quiera decir que desmerezcan frente a lo logrado). Sólo García Márquez, al

respecto, no dice en una entrevista con Plinio Apuleyo Mendoza⁸, que su obra más importante es El otoño del patriarca.

Luego Benedetti se lanza a conjeturar acerca de la verosimilitud de los personajes dictatoriales presentados por los novelistas. Ahora García Márquez cae en cierta desventaja, pues según el uruguayo resulta menos creíble el Patriarca que el Supremo o el Primer Magistrado, mucho más humanos los dos últimos, más reales y, por ende, más terribles. Dice García Márquez que " En El otoño del patriarca, en cambio, los monólogos son múltiples, a veces dentro de una misma frase. Ya en este libro soy capaz de volar solo y de hacer lo que me da la gana"⁹. Lo anterior es lo que critica Benedetti, es decir, el proceso narrativo (realismo-mágico), la desmesura, son llevados hasta sus últimas consecuencias, lo que provoca, en su caso, que el personaje pierda credibilidad. Y, resulta cierto, el hecho de que un escritor puede escribir lo que le venga en gana, siempre y cuando sea capaz de hacérselo creer a los lectores, cosa que por momentos no consigue el colombiano.

La conflagración¹⁰ contra el dictador llevada a cabo por esos tres escritores (y otros más) ya no buscaba, como en El señor Presidente, sacar a la luz las vilezas cometidas por el

dictador e incluso mantener, también como Asturias, ese respeto convertido en miedo que repetía el círculo vicioso de la opresión. Bien, Carpentier, Roa Bastos y García Márquez, también denuncian los actos arbitrarios de los dictadores, pero le faltan al respeto, allanan la morada del poder (ya no se asoman tímidamente).

En aquel recinto prohibido que muy pocas gentes de privilegio habían logrado conocer... cuando no se volvieron a oír ruidos humanos ni cantos de pájaros en el interior y se cerraron para siempre los portones blindados, sabíamos que había alguien en la casa civil porque de noche se veían luces que parecían de navegación a través de las ventanas del lado del mar, y quienes se atrevieron a acercarse oyeron desastres de pezuñas y suspiros de animal grande detrás de las paredes fortificadas, y una tarde de enero habíamos visto una vaca contemplando el crepúsculo desde el balcón presidencial, imagínese, una vaca en el balcón de la patria, qué cosa más inicua, qué país de mierda...¹¹

Se meten en la conciencia del déspota, buscando una razón para sus terribles decisiones, y la encuentran, por lo regular, en un origen visceral o de acuerdo a su digestión.

Volvemos al panfleto encontrado esta mañana en la puerta de la catedral. ¿Dónde está? Aquí, Señor... Sólo sé, Excelencia, que removeré cielo y tierra en busca de los culpables. Le prometo que he de encontrar el pelo en un agujero sin fondo... En menos de tres días has de llevar al culpable bajo el naranjo. Darle su ración de cartucho a bala. Quienquiera que sea. Aunque sea El Supremo.¹²

La ironía y el humor son lugares comunes en estas tres obras, los novelistas se burlan de las órdenes del dictador, de su forma de hablar, de su soledad en el poder, de sus aficiones y de la farsa de mantenerse en el poder, gracias al apoyo popular y la creencia que le hacen un favor al pueblo con gobernarlo, pero sobre todo tienen fe en que no les sucederá lo que a sus similares.

... pero él les concedía el asilo político sin prestarles mayor atención ni revisar credenciales porque el único documento de identidad de un presidente derrocado debe ser el acta de defunción, decía, y con el mismo desprecio escuchaba el discurso ilusorio de que acepto por poco tiempo su noble hospitalidad mientras la justicia del pueblo llama a cuentas al usurpador, la eterna fórmula de

solemnidad pueril que poco después le escuchaba al usurpador, y luego al usurpador del usurpador como si no supieran los muy pendejos que en este negocio de hombres el que se cayó se cayó, ... y con una terraza marina donde a él le gustaba sentarse en las tardes de diciembre no tanto por el placer de jugar al dominó con aquella cáfila de mampolones sino para disfrutar de la dicha mezquina de no ser uno de ellos, ...¹³

Cuando los tres novelistas rascan en lo más íntimo de sus personajes, se dan cuenta que tienen un lado humano. Así como los vemos convertidos en verdaderas bestias, en ocasiones, muy pocas por cierto, suelen ponerse sentimentales, aunque sea para expiar cierto remordimiento por sus actos. Aún el Patriarca de García Márquez tiene esos ratos, por cierto no reconocidos por Benedetti¹⁴, como sucede con los niños de la lotería con truco.

... ordenó que metieran a los niños en una barcaza cargada de cemento, los llevaran cantando hasta los límites de las aguas territoriales, los hicieran volar con una carga de dinamita sin darles tiempo de sufrir mientras seguían cantando, y cuando los tres oficiales que ejecutaron el crimen se cuadraron frente a él con la novedad mi general de que la or

den había sido cumplida, los ascendió dos grados y les imruso la medalla de la lealtad, pero luego los hizo fusilar sin honor como a delinquentes comunes poroue hay órdenes que se pueden dar pero no se pueden cumplir, carajo, pobres criaturas.¹⁵

Y hasta perdona a sus opositores para complacer a Leticia Nazareno.

Por lo anterior y por otras muchas causas, nadie puede negar que El otoño del patriarca, Yo el Supremo y El recurso del método, consiguen dar el paso para la solución del problema del dictador. Hablaré de las dos primeras que, a pesar de los logros, no le dan, por así decirlo, el tiro de gracia al cuerpo agonizante del dictador, y de forma independiente analizaré la última novela en la cual Carpentier hasta consigue darle sepultura a su tirano.

El otoño del patriarca, García Márquez lleva a Zacarías (nombre que el tirano olvida que es suyo y desconoce como propio) a tal decrepitud que el lector termina por compadecerse de él. Nos muestra a su milenario y solitario dictador que tiene el mando pero no el poder, pues los que lo rodean deciden lo que mejor le conviene. Hasta aquí García Márquez logra su demoledor cometido. Pero aún así el colombiano no

despoja a su Patriarca (título que suena y es irónico, también pudiera ser interpretado en tono respetuoso) de la característica de ente mítico, acrecentada por la desmesura del realismo-mágico. En este punto no se ha alejado mucho de lo hecho por Asturias. Veamos por qué: cuando la gente, venciendo su milenarismo miedo, se decide a entrar a la casa presidencial es porque, los gallinazos así lo decían, estaban seguros de que el dictador había muerto y cuando descubrieron el cadáver o lo que quedaba de él (la espuela de oro, el testículo herniado, su forma de dormir con el brazo bajo la cabeza, el uniforme), se dieron cuenta que sabían muy poco del tirano, muchos de ellos ni siquiera habían nacido, porque el Patriarca era " más viejo que todos los hombres y todos los animales viejos de la tierra..., y a una edad indefinida entre los 107 y los 232 años. "16, y la cara que ellos recordaban de él era de fotografías sacadas de copias de copias, la misma que sus padres y abuelos conocían; era especie de semidios, capaz de estar en dos lugares distintos y al mismo tiempo, de cambiar, he aquí la desmesura que mitifica al tirano, a su arbitrio los fenómenos de la naturaleza (cometas, años bisiestos, huracanes), y como a Lázaro, revivir gallinas .

García Márquez hizo cera y pabilo del Patriarca, pero no por

un afán desmitificador, sino para mostrarnos la soledad (la soledad, a fin de cuentas, es el tema de sus obras) en que se encuentran los dictadores. Por último, es de llamar la que el pueblo sentía miedo del tirano aún después de muerto (al igual que en El señor Presidente, aunque éste, claro es tá, en la novela de Asturias no muere). Además, por otro lado, reitero que el Patriarca no tiene el poder.

... había sabido desde sus orígenes que lo engañaban para complacerlo, que le cobraban por adularlo, que reclutaban por la fuerza de las armas a las muchedumbres concentradas a su paso con gritos de júbilo y letreros venales de vida eterna al magnífico que es más antiguo que su edad, pero aprendió a vivir con esas y con todas las miserias de la gloria...¹⁷

Pero tampoco es derrocado y muere al mando de su nación. El estigma de era " más temible muerto que vivo "¹⁸ sigue flotando en la novela. Y lo más preocupante ¿ qué va a ocurrir con el pueblo, con la patria, cuando él muera ?

... todo se había acabado antes que él, nos habíamos extinguido hasta el último soplo en la espera

sin esperanza de que algún día fuera verdad el rumor reiterado y siempre desmentido de que había por fin sucumbido a cualquiera de sus muchas enfermedades de rey, y sin embargo no lo creíamos ahora que era cierto, y no porque en realidad no lo creyéramos sino porque ya no queríamos que fuera cierto, habíamos terminado por no entender cómo seríamos sin él...¹⁹

una verdad que no todos los pueblos latinoamericanos han sabido resolver acertadamente, de ahí sus recaídas en gobiernos dictatoriales.

Yo el Supremo, de las tres novelas, es la única en la cual se puede identificar claramente el país (Paraguay) y el dictador (Doctor Francia), donde muchos fragmentos se corresponden con la historia de éstos. Es un extenso monólogo (presentado de manera ensayística pero sin perder su forma de novela) sobre el papel de los escritores, la función de las palabras, la literatura, pero sobre todo acerca del poder (del papel del Supremo, escrito y dictado por el Supremo mismo). Lo que ocurre con Yo el Supremo es semejante a lo logrado en El otoño del patriarca, la imagen mítica del dictador sigue inalterable. Josefina Ocaña Alcocer, en su tesis Visión del dictador en Yo, el Supremo de Augusto Roa

Bastos, en breve análisis del Doctor Francia, nos habla de ese carácter mítico del personaje y de la intención no desmitificadora de Roa Bastos.

Ahora bien, ¿ es que Roa intenta desmitificar la figura de Francia que era de hecho un mito ? Pudiera parecer que sí, pero Roa, respetuoso del sentir popular no llega a tales extremos. Más que magnificar o denostar la figura de Francia, tiene una intención más social, menos subjetiva (aún cuando no excluya sus lineamientos personales [sic])²⁰

Asistimos en esta novela a la comprensión, por parte de Roa Bastos, del modo de actuar del Doctor Francia. Comprensión que conlleva el riesgo de caer en un perdón para los dictadores, aunque es obvio que esto último no es el propósito del autor, porque siento que si por momentos exalta la labor protectora y nacionalista del Supremo, también le reprocha: " haber asumido personalícticamente todos los problemas y no haber procurado generar los hombres que los tomaran en sus manos y democráticamente fueran resolviéndolos "²¹. Comprende su pasado para enjuiciar su presente, diría yo.

Que resulta lapidaria la sentencia encontrada en el por-

tal de la catedral en contra del Supremo y de sus servidores, eso es innegable, pero también lo es que, al final de la novela, nos queda la incertidumbre de haber sido escrito el pasquin por el mismo dictador. Que es demoledora la posición de locura, decrepitud y soledad en las cuales deja Roa Bastos a su tirano, es cierto.

Sabes que no lo mande matar por pura sevicia, Sultán, sino por los hechos que hizo. Lo mandé al infierno por su ladronicidio, por su traición. ¿ A que infierno ? ¿ Al de tu negra conciencia ? ¿ A tu infierno Supremo ? ; No me faltes al respeto ; ; Mándame fusilar a mí también, maldito viejo muerto de supremidad ; ; Estoy harto de ti ; Finame antes de que tu mano no pueda mover más esa pluma . Ahora que somos finados podemos entendernos. No , Sultán, todo esto exige una comprensión que, vivo o muerto, no cabe en tu entendimiento. ; Bah, Supremo ; ; No sabes aún qué alegría, qué alivio sentirás bajo tierra ;²²

Nadie niega estos dos puntos (insisto, muy semejantes a la postura de García Márquez), pero en toda la novela se siente ese ambiente de poder arbitrario de un dictador que no sólo controla a su fiel de fechos y a su país, igual lo hace con

la historia de la novela, al rebelársele a Roa Bastos (bien so en Augusto de Niebla de Miguel de Unamuno²³) cuando éste lo increpa por medio de la " letra desconocida " .

Quienquiera que seas, impertinente corregidor de mi pluma, ya estás comenzando a fastidiarme. No entiendes lo que escribo. No entiendes que la ley es simbólica. Los entendimientos torcidos no pueden captar esto. Interpretan los símbolos literalmente. Así te equivocas y llenas mis márgenes con tu burlesca suficiencia. Al menos léeme bien. Hay símbolos claros/símbolos oscuros. Yo El Supremo mi pasión la juego a sangre fría...²⁴

El Supremo tiene bien clara su situación de gobernante, en eso basa precisamente su omnipotencia y sabe también que por eso se mantendrá en el poder.

No puedo elegir un designatario, como usted dice. No me he elegido yo. Me ha elegido la mayoría de nuestros conciudadanos. Yo mismo no podría elegirme. ¿ Podría alguien reemplazarme en la muerte ? Del mismo modo nadie podría reemplazarme en vida. Aunque tuviera un hijo no podría reemplazarme, heredarme. Mi dinastía comienza y acaba en mí, en Yo-El. La

soberanía, el poder, de que nos hallamos investidos, volverá al pueblo al cual pertenecen de manera imperecedera.²⁵

Reconoce el poder del pueblo para derrocarlo, sin embargo, mientras sepa manejar la ignorancia y los temores de éste, el poder será suyo, aún después de su muerte. Y reta a cualquiera para llevar las riendas del Paraguay, porque sabe que no existe nadie preparado para hacerlo.

¡ Ya los quisiera ver ! Les ofrezco el cargo. Vengan a tomarlo si todavía les parece vago lo que hago. Háganlo ustedes mejor que yo, si es que pueden.

Un pasquín me acusa en estos días de que el pueblo ha perdido su confianza, que ya está harto de mí; cansado hasta más no poder; que yo sólo continué en el Gobierno porque ellos no tienen poder para derrocarme. ¿ Es cierto esto ? Yo estoy cierto que no. En cambio, si yo acabara de perder la confianza en el pueblo, hartarme, cansarme de él hasta no poder más, ¿ puedo acaso disolverlo, elegir otro ? Noten la diferencia.²⁶

Roa Bastos tampoco ofrece una solución palpable para derrocar al dictador. A pesar del escarnio al que lo somete,

el Supremo muere en el poder.

No es que yo pretenda demeritar lo hecho por García Márquez y Roa Bastos en sus obras, ya el salto que dan en el recinto y la conciencia del dictador es descomunal en la evolución, que va desde su surgimiento, encumbramiento (mitificación) y por último el derrocamiento (desmitificación). Los dos escritores dejaron a un paso la desmitificación del dictador y sería la propuesta establecida por Carpentier en El recurso del método donde se logra este cometido. En palabras de Benedetti " De las tres novelas, la que tiene una propuesta política más revolucionaria es indudablemente El recurso; no por azar es la única en que el dictador es derrocado."²⁷

4.3 El regreso al reino de este mundo

La demolición del mito del dictador en El recurso del método fue dándose paulatinamente, como una gota de agua que, constante e implacable, termina por devastar la roca.

Veamos como fue cayendo en crisis la tiranía del Primer Magistrado.

Las rebeliones del general Atáulfo Galván y el coronel Walter Hoffmann son apenas advertencias de su caída. " Al ojo del

amo engorda el caballo ", reza un refrán popular, que podría resumir lo sucedido en los pasajes correspondientes a los dos militares que se alzaron contra el tirano, precisamente cuando se encontraba en París. Dos rebeliones que tendrían el mismo final que la del general Canales en El señor Presidente, estaban condenadas al fracaso. Primero y antes que nada, ambos alzamientos no se sustentaban en las clases populares, eran simples golpes de estado encaminados a un simple cambio de dictador, y peor aún, ni siquiera los que supuestamente apoyaban a los dirigentes golpistas sentían la menor simpatía por ellos, basta recordar la muerte de Hoffmann.

Pero los hombres que rodeaban la charca, silenciosos, cejudos, contemplaban el may demorado, harto demorado, naufragio de su jefe, con expectante calma. - " ¡ Muérete, cabrón ! " - dijo, casi en voz baja, un cabo a quien Hoffmann, años antes, había abofeteado en castigo de una respuesta irrespetuosa. - " ¡ Muérete, cabrón ! " - dijo, alzando el tono, un sargento a quien Hoffmann había negado un ascenso, algún tiempo atrás. - " ¡ Muérete , cabrón ! " - dijo, en fortísimo, un teniente que mucho había solicitado, sin éxito, una difícil Estrella de Plata. - " ¡ No, carajo, no ! ; No me dejen

morir así ; " - aullaba ahora el jefe, agarrándose ahora de las orejas del caballo que aún sacaba los dientes por encima de las arenas movedizas. - " ; Muñete, cabrón ! " - le respondía el coro griego .
 (RM, IV, 9, pp. 136-137)

Y segundo, porque el Primer Magistrado, como todo buen dictador, no permitiría que le arrebataran el poder.

Junto con las dos revueltas de los subalternos del tirano se dieron inconformidades en la universidad y de Miguel Estatua: la primera fue sofocada con la entrada del ejército a la Universidad de San Lucas porque, como sucede en los países latinoamericanos, es donde la cultura despierta la conciencia de los estudiantes y de ahí la del pueblo, los dictadores aplastan los centros de estudio porque los Primeros Magistrados sostienen sus gobiernos en la ignorancia y temores de sus gobernados; Miguel Estatua, por la explotación de las compañías yanquis, también se levanta en su contra y del favoritismo que les concedió el Primer Magistrado. Miguel sí poseía el carisma para obtener el apoyo popular, pero su levantamiento iría al fracaso por su ignorancia y la falta de estrategia que le permitiera sacar adelante el movimiento emprendido. Así, pues, siempre surgen los mártires que prepa-

ran el camino para una verdadera revolución.

Más que un enemigo, el hallazgo de la momia de la caverna, durante la campaña contra Ataulfo Galván, era para el Primer Magistrado como enfrentarse al destino de todos los dictadores y el propio. La momia sería sacada de su lugar de origen para ser llevada y exhibida en una vitrina de algún museo de París. Sólo que el museo y la vitrina del dictador era algún cementerio de la ciudad luz.

Luego empiezan a cambiarse los papeles. Vinieron los atentados. Bombazos ocurridos en el mismísimo Palacio Presidencial que anunciaban lo que vendría después. El dictador pensaba que era un problema como tantos otros, y a floraba en su boca la ironía, esbozada ante uno de los atentados: " Las seis y media... Hora de mi baño... Felicitaciones, señores; pero hoy no ha sido... " (Ibid, IV cap., parte 11, p. 176). Su irónica expresión también estaba cargada de un pequeño ingrediente de temor, a pesar de sus palabras: " Esto me pasa por tener la mano demasiado blanda. " (Ibid, IV cap., parte 11, p. 176). Como respuesta al atentado, establece el estado de sitio (clásico en América), supresión de garantías, fusilamientos de verdad y de mentira, la prisión y dado que arreciaba el comunismo, la quema de todos

los libros rojos, incluyendo, a petición de un comerciante de libros iracundo por la decomisación de textos rojos, a La caperucita roja, cosa, desde luego, que le costó la cárcel. Tal situación provocaba serios descontentos entre el pueblo que, a estas alturas, ya le faltaba al respeto.

Y luego - serían las cinco - empezó el allanamiento de las casas: policías llovidos del cielo corrían sobre los techos, caían en los patios, entraban en las cocinas, rompían puertas, reptaban bajo las camas, registraban los armarios, volteaban gavetas, abrían baúles, entre llanto de mujeres, gritaría de niños, maldiciones de abuelos - y furia del patriarca, clamante en su sillón de ruedas, y el físico apaleado a muerte, por decir que el Primer Magistrado era un hijo de la chingada y que su difunta Doña Hermenegilda, tan postulada para santa, se había cansado de manosearle la reata a un joven oficial de húsares, famoso por las excepcionales proporciones de su natura... (Ibid, IV, 12, p. 181)

A partir de este momento empezaba a destacar la figura del Estudiante. Un muchacho más interesado en la poesía que en la política, de quien no se sabía mucho por inofensivo, no se sabía ni como era, por lo tanto era difícil de aprehen-

sión. Cuando uno lee todo lo referente al Estudiante, no se puede dejar de pensar en el personaje de Mackandal de El reino de este mundo²⁸, en sus propiedades licentrópicas y su estar en todas partes.

La fama de su ubicuidad, sobre todo, iba creciendo de día en día: era el genio de los itinerarios imprevisibles que, burlando cordones de vigilancia, alcabalas y centinelas en carretera, saltaba de las minas del norte a los astilleros de La Verónica, de las tierras de leñadores a las parameras del frailegón. Y se enriquecía la leyenda del Estudiante de laudatorias ocurrencias, noticieros y romances que corrían de boca en boca; se deslizaba por ventanillos tan estrechos que su paso por ahí era cosa de portento; corría por los tejados, saltaba de azotea en azotea, se disfrazaba de pastor protestante, de capuchino franciscano, ciego fingido un día, falso policía el otro - labriego, minero, arreador de recuas, médico con maletín, tenista inglés, arpista ambulante, cargador de huacales - (Ibid., V, 15, p. 231)

El verdadero problema para el dictador, no era que el Estudiante tuviera o no esos poderes de ubicuidad y licentropía, sino que el pueblo que lo apoyaba estaba creyéndolo y acre-

centándolo. Estaban creando el mito del Estudiante como antes crearon el mito del dictador (" para que la cuña apriete tiene que ser del mismo palo ", refrán muy apropiado para señalar la problemática de ambos personajes). " Entonces se abrió una época de mixtificaciones, bromas odiosas, difusión de rumores, hecha para crear un clima de desconcierto, inquietud, desconfianza y malestar, en todo el país " (Ibid , V cap., parte 15, p. 228). Todo se le atribuye al Estudiante, aún cuando no hubiera participado en ello. El Primer Magistrado sabe de los riesgos que conlleva la creación de un mito y máxime si este mito se vale de sus mismas mañas para combatirlo y se apoya en tanta gente.

- " No quiero mitos " - decía el Primer Magistrado, ante la realidad creciente del Estudiante, cuyo su puesto - desconocido - perfil se le atravesaba, cada mañana, entre el ventanal de su despacho y la telúrica presencia del Volcán Tutelar -: " No quiero mitos. Nada camina tanto en este continente como un mito. " (...) Hay que desinflar el Mito del Estudiante... Y esa policía nuestra, coño, entrenada en los Estados Unidos, y que no sirve para un carajo... " (Ibid, V, 15, pp. 232-233)

A pesar de todo, el mito caminaba. Se convertía, poco a poco, en su pesadilla.

Cuando vino en enfrentamiento y pudieron admirarse en su dimensión totalmente humana, desprovistos de la leyenda, del mito, Estudiante y Primer Magistrado sufrieron un desencanto total durante el silencioso diálogo. Luego vinieron las palabras, en donde esgrimieron sus mejores argumentos. Poco a poco el Primer Magistrado fue perdiendo terreno ante la actitud serena y llena de convicción del Estudiante. El dictador (ya para entonces el ser llamado dictador le resultaba ofensivo) se enfrentaba a alguien que le hablaba de igual a igual. No era el enemigo gratuito como los enfrentados antes y que sólo buscaban el poder (Hoffmann y Galván), ni un mártir (Miguel Estatua). Este personaje sí posee una estrategia a seguir: no estaba solo; conoce los riesgos (invasión de Estados Unidos en el peor de los casos o el encumbramiento de otro dictador) si se llegara a cometer un magnicidio; manifiesta que la verdadera solución para el derrocamiento del dictador era vía un levantamiento popular, con la consecuente instauración de un gobierno surgido del pueblo; pero sobre todo el Estudiante es un ser incorruptible " Es hombre de nueva raza dentro de su raza. De éstos están naciendo mu-

chos en el continente, aunque vuestros generales y doctores se empeñen en ignorarlos " (Ibid , V I cap., parte 18, p. 282). Visto de otro modo, diré que es el arquetipo del hombre que resume los anhelos y aspiraciones de libertad del pueblo, pero ya no a la manera del dictador.

Vino la huelga general. El Primer Magistrado no estaba dispuesto a dejar el poder, como lo pedían las consignas pintadas por manos desconocidas, y ordenó, para romper la huelga, disparar contra la ciudad, sin resultado alguno, la ciudad se había convertido en un silencioso fantasma. Y el tirano recurrió a su última argucia, la única que conocen los dictadores: la violencia. Como broma macabra mando anunciar su muerte. Al llevarse acabo la farsa, la gente se lanzó a las calles a festejarla, vino la tragedia, la gente en masa fue acribillada por el ejército. Pero sería ésta la postrera acción del déspota, la que echaría abajo su teatro gubernamental, la que lo tumbaría del poder.

Llegó el destierro, destino final de muchos dictadores , donde totalmente desprovisto de investiduras, el Primer Magistrado reclama al narrador su título de presidente derrocado.

Y aquella noche, como en acto consagratorio de la nueva vivienda, se fijaron dos argollas en las paredes, se anudaron las cabuyeras, y quedó colgado el chinchorro de estambre del Primer Magistrado - " perdón: El Ex ", rectificó el Patriarca, entregándose al gozo de una mecida. (Ibid, VII, 20, p. 317)

No tendría, a su muerte, ni siquiera el honor de ser entregado dignamente con un poco de la

... Tierra del Sagrado Suelo Patrio.

Lo que acaso ignoran algunos es que Ofelia, pensando que la Tierra es una y que la tierra de la Tierra es tierra de la Tierra en todas partes - mento homo, quia pulvis es et in pulverem revertetur - había recogido la sagrada tierra, perennemente custodiada por los emblemáticos jaguares, en una platabanda del Jardín de Luxemburgo. (Ibid, 1972, 22, p. 343)

como última burla de Alejo Carpentier ofrecida al dictador.

NOTAS CAPITULO IV

- 1 " Medio en serio, medio en broma, Carpentier incluso ha llegado a decir que su novela está construida con un 40% de Machado, un 10% de Guzmán Blanco, un 10% de Cipriano Castro, un 10% de Estrada Cabrera, un 20% de Trujillo y un 10% de Porfirio Díaz, sin perjuicio de reconocer que el personaje contiene, además, ciertas características de Somoza y de Juan Vicente Gómez (sic)." Benedetti, Mario, El recurso del supremo patriarca, México, Editorial Nueva Imagen, 1948, p. 11.
- 2 Souto Alabarce, Julio, Introducción a Tirano Banderas, México, Editorial Porrúa, S.A., 1986, p. XII.
- 3 Sobre el afrancesamiento de Porfirio Díaz: " Se dice, con razón, que se deshacía por atraer dinero y colonos de fuera, por el positivismo en sus formas francesa y británica, y por los modelos franceses en cuestión de vestidos, comidas, casas, espejos, sofás y decoraciones. No tanto el dictador, que sí quienes formaban la élite de la dictadura en su cenit y en su ocaso, se sentían vigilados por el mundo de fuera y querían que los países fuertes y famosos los mira

ran sin desprecio, que los rubios de Europa del norte se sintieran a gusto en esta su casa, que fuese constante el flujo de compañías de ópera y modistos de París, que nuestros arquitectos se inspiraran en el art nouveau y nuestros escritores le siguieran los pasos a Solá, Rigo, Baudelaire . La élite porfirica fue indudablemente ganosa de mundo. " González, Luis, La dictadura de Díaz en Dictaduras y dictadores, México-España-Argentina-Colombia, Siglo XXI Editores, 1986, p. 176.

- 4 Y por el lado salvaje de Díaz: " Para combatir el desorden endémico usó poco de argucias y buenas maneras y mucho del palo. En la primera época de su gobierno sería más bronco que pulcro. Entonces todavía escupía en las alfombras. " era un hombre rudo con pocos refinamientos sociales, marcial y áspero ". Con aspereza la emprendió contra los caciques, los generales sediciosos, los indios bárbaros y los bandoleros. Haciéndose temer, con brusquedad, logra cumplir el máximo anhelo de todos los mexicanos de entonces. Con firmeza y maña mete en cintura las fuerzas del desorden . Ibídem, p. 167.

- 5 Velayos Zurdo, Oscar, El diálogo con la Historia de Alejo Carpentier, Barcelona, Península, c1985, pp. 44-45

6 Carpentier, Alejo, Panel del novelista en Antología de textos de estética y teoría del arte, México, UNAM, 1982, pp. 252-257.

7 Benedetti, Mario, El recurso del supremo patriarca, Op. cit., p. 22.

8 " - ¿Cuál es de toda tu obra el libro más importante ?

- Literariamente hablando, el trabajo más importante, el que puede salvarme del olvido, es El Otoño del Patriarca.

- Has dicho también que es el que te hizo más feliz escribiéndolo. ¿ Por qué ?

- Porque es el libro que desde siempre quise escribir, y además aquél en que he llevado más lejos mis confesiones personales. " García Márquez, Gabriel, El olor de la guayaba, Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza, Colombia-México, Editorial oveja negra-Diana, 1982, p. 64.

9 Ibidem, p. 58.

10 Adriana Sandoval nos habla de una posible reunión de escritores (Carpentier, García Márquez, Roa Bastos, Usalar Pietri, Fuentes, Galeano), que formando un frente común, escribirían novelas con el dictador como personaje central. " La aparición de algunas de estas novelas, entonces, está lejos de ser una mera coincidencia, y puede relacionarse

con una intención consciente y deliberada de los escritores hispanoamericanos involucrados, de presentar un frente unificado de ataque y condena a través de la exposición y descripción de los dictadores y las dictaduras en América Latina, dentro del ámbito de su acción: la literatura. "

Sandoval, Adriana, Los dictadores y la dictadura en la novela hispanoamericana 1851-1978, México, UNAM, 1969, pp. 9-10.

11 García Márquez, Gabriel, El otoño del patriarca, Barcelona, Plaza & Janes, S.A., 1975, pp. 7-9.

12 Roa Bastos, Augusto, Yo el Supremo, México-España-Argentina-Colombia, Siglo XXI Editores, 1982, pp. 19-21.

13 García Márquez, Gabriel, El otoño del patriarca, Op. cit., p. 21

14 " Por el contrario, el Patriarca de García Márquez es casi una bestia apocalíptica, un déspota de luctuoso origen, una hipóbole paternalista de la que sólo es dable renegar. Aun en su relación con los únicos tres seres que aparentemente lo conmueven (su madre Bendición Alvarado, su amor irrealizado Manuela Sánchez, su amor realizado Leticia Nazareno) el personaje se las arregla para mantener su pétrea condición. " Benedetti, Mario, El recurso del supremo patriarca,

- Op. cit., p. 16.
- 15 García Márquez, Gabriel, El otoño del patriarca, Op. cit., p. 116.
- 16 Ibidem, pp. 8 y 87.
- 17 Ibidem, p. 270.
- 18 Ibidem, p. 219.
- 19 Ibidem, p. 221
- 20 Ocaña Alcocer, Josefina, Visión del dictador en Yo, el Supremo de Augusto Roa Bastos, Tesina, México, UNAM, 1981 , p. 14.
- 21 Rama, Angel, Los dictadores latinoamericanos, México, F.C.E., 1976, p. 35.
- 22 Roa Bastos, Augusto, Yo el Supremo, Op. cit., p. 405.
- 23 Augusto se niega a asumir el destino que le ha asignado Unamuno. Le plantea al escritor la disyuntiva de quien vive gracias a quien, el personaje gracias al autor o el autor gracias al personaje. Unamuno, Miguel de, Niebla (Nivola), Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1978.
- 24 Roa Bastos, Augusto, Yo el Supremo, Op. cit., p. 111.
- 25 Ibidem, p. 135.
- 26 Ibidem, pp. 383-384.
- 27 Benedetti, Mario, El recurso del supremo patriarca, Op. cit.,

p. 30.

28 Es claro que la licantropía del Estudiante se reduce a un cambio de apariencia física, pero que tiene el mismo efecto que las transformaciones de Mackandal. " Todos sabían que la iguana verde, la mariposa nocturna, el perro desconocido, el alcatraz inverosímil, no eran sino simples disfraces. Dotado del poder de transformarse en animal de pezuña, en ave, pez o insecto, Mackandal visitaba continuamente las haciendas de la Llamura para vigilar a sus fieles y saber si todavía confiaban en su regreso. " Carpentier, Alejo, El reino de este mundo, Barcelona-Caracas-México, Seix Barral, 1980, p. 33.

CONCLUSIONES

Por supuesto las conclusiones exigen establecer una comparación entre las tres obras principales tratadas en la tesis. Dicha comparación la haré de manera breve, a título personal y casi con carácter valorativo, atendiendo a sus cualidades artísticas y, desde luego, la posición del escritor en relación con el dictador. En los dos aspectos mencionados y en cualquier otro tipo de comparación que pueda establecerse, Amalia se encuentra en franca desventaja frente a las otras dos cuya calidad es muy superior (aunque me queda algo de duda en cuanto a las posiciones de Asturias y Mármol, cuya actitud de denuncia es casi la misma). El problema ya no es tan fácil entre El señor Presidente y El recurso del método. Por un lado, nadie puede negar la plasticidad, llena de recursos retóricos y metáforas (algunos de ellos, como ya se comentó, sepultan un tanto la obra), de la novela de Asturias que le dan cierta ventaja, sin que esto quiera decir que los recursos de la novela del cubano no tengan los suficientes méritos para resistir la comparación. En el aspecto estructural las cosas cambian, la obra del guatemalteco rechina por todos lados, no así El recurso del método, que a

lo largo de la narración mantiene su unidad en todo momento. Y sobre todo, en cuanto al tratamiento dado por cada uno de los autores al dictador, la ventaja la sigue manteniendo Car
pentier. A causa del momento histórico que vivieron los escri-
tores cuando realizaron sus novelas, la visión fue distinta: pesimista y sin solución en el caso de Asturias; optimista por el lado de Carpentier.

La existencia mítica del dictador, ya sea en el plano his-
tórico o literario, como lo vimos a lo largo de la tesis, describe una parábola evolutiva que va desde su aparición, encumbramiento y finalmente su decadencia o derrocamiento. En ambos planos, el planteamiento ha sido el mismo. Pero al final, la caída del dictador, dentro de la realidad históri-
ca de América Latina, no se ha dirimido del todo. A los pue-
blos les ha costado trabajo, y les costará todavía más, ter-
minar definitivamente con esta forma de gobierno. Algunos países ya lo han conseguido, otros están en proceso de lo-
garlo.

En el plano literario el problema ha tenido, no por ello menos difícil, una solución más rápida, pues para la época (1974-1975) en que aparecen novelas como Yo el Supremo, El
recurso del método y El otoño del patriarca, persistían gran

cantidad de dictadores en nuestro continente, mientras que las obras mencionadas cierran el ciclo de novelas verdaderamente importantes sobre el dictador precipitando su caída.

El caso de la obra de José Mármol, nos muestra a un escritor que ve nacer al dictador, y con un panorama político argentino sumamente oscuro, no acierta a ofrecer una verdadera solución para el problema que tiene ante sus ojos. Mármol pone todas sus esperanzas en un ejército que no da trazas de lanzarse encima del dictador. Solución momentánea.

Miguel Angel Asturias ya sabe el alcance cobrado por los tiranos, a su país le tocó padecer algunas de las dictaduras más nefastas. Para el momento en que escribe su novela se encuentran muchos dictadores en el poder, lo que le hace ver un futuro nada halagüeño, provocando en él cierto escepticismo reflejado en su obra, con la agravante de ser el mismo guatemalteco quien contribuya a la mitificación, si se quiere inconsciente, del dictador. Asturias tampoco ofrece solución alguna a pesar de sus esfuerzos de denuncia y de tratar de despertar la conciencia de los pueblos latinoamericanos.

Con El recurso del método, me atrevo a asegurar que Carpentier si ofrece una verdadera solución para el derrocamiento del dictador, contrariando un poco lo que señala Adriana

Sandoval¹, que nos dice que esta solución sólo se da en el ámbito literario. Parto del hecho de que una obra literaria no debe tener una visión circunscrita a lo meramente estético, el abordar el tema del dictador, previo acuerdo de novelistas, así lo demuestra. Aunque lo artístico sea la función primera de todo escritor, no debemos olvidar lo que nos enseña la Fernando Alegría:

Naturalmente, parto de la base de que los escritores aludidos en mi pregunta inicial son revolucionarios en términos políticos y creen representar de algún modo nuestra época de cambios sociales a través de su obra literaria. Si alguno de ellos confesara interesarse exclusivamente en el juego interior de su aventura estética, al margen de toda comotación social, mantenido en órbita por la ingeniosidad de su propio mecanismo y el equilibrio de sus corrientes de aire, nuestra discusión no lo tocaría y podría mirarnos muy remotamente con la silenciosa y oscura comodidad que ofrece el espacio infinito. En cambio, un escritor que vive la revolución desde adentro no podrá evitar, si es sincero, preguntarse cómo actúa su obra en la nueva organización social y qué se espera de él dentro del dinamismo de la revolución.²

Se puede alegar que cayó el Primer Magistrado y el doctor Luis Leoncio Martínez asumió el poder y empezaba a parecerse al tirano anterior. Pero a esto diré que el Estudiante sabe que apenas se ha dado un paso, pero es un gran paso y la revolución sigue en marcha. Es lógico que toda revolución caiga en momentos críticos, siempre y cuando se mantenga en movimiento.

Evidentemente la militancia de ideología marxista y el proceso seguido por la revolución cubana le permiten a Carpentier presentarnos una novela de avanzada, en la que se consideran todos los problemas por los que pasa un pueblo para conseguir su libertad, esto sin que el autor olvide su compromiso para con la literatura.

NOTAS A LAS CONCLUSIONES

- 1 " En sus novelas, Carpentier no pretende ofrecer soluciones al problema monumental de las dictaduras en América Latina, pero sus simpatías en El recurso están con el personaje del Estudiante, en quien coloca su confianza y a través de quien muestra un rayo de esperanza. " Sandoval, Adriana, Los dictadores y la dictadura en la novela hispanoamericana 1851-1978, México, UNAM, 1989, p. 160.
- 2 Alegria, Fernando, Literatura y revolución, México, F.C.E., 1976, p. 10.

BIBLIOGRAFIA

Texto

Mármol, José, Amalia, México, Editorial Porrúa, S.A., 1974,
(S.C. 192)

Estudios sobre el texto

Ansaldi, Waldo, La forja de un dictador. El caso de Juan Manuel Rosas en Dictaduras y dictadores, Labastida Martín, Julio y varios, México, Siglo XXI-UNAM, 1986.

Brushwood, John S., El enfoque en la acción " Amalia ", de José Mármol en La barbarie elegante. Ensayos y experiencias en torno a algunas novelas hispanoamericanas del siglo XIX, México, F.C.E., 1988, Tierra Firme.

Burlando Meyer, Elvira, Presentación de la novela " Amalia ", Buenos Aires, Eudeba, 1964.

Ghiano, Juan Carlos, Prólogo a Amalia, México, Editorial Porrúa, S.A., 1974, S.C. 192.

Hilton, Charles A., El concepto de civilización y barbarie en la literatura sudamericana, México, UNAM, 1952, Tesis.

Sarmiento, Domingo Faustino, Facundo o civilización y barbarie, México, SEP-UNAM, 1982, Clásicos Americanos 19.

Viñas, David, Mármol: los dos ojos del romanticismo en Literatura argentina y realidad política, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1964.

Texto

Asturias, Miguel Angel, El Señor Presidente, París-México-Madrid-Buenos Aires, Editions Klincksieck-F.C.E., 1978.

Estudios sobre el texto

- Anónimo, Popol Vuh, Las antiguas historias del Quiché, México, P.C.E., 1975, C.P. 11
- Asturias, Miguel Angel, Latinoamérica y otros ensayos, Madrid, Gaudiana Publicaciones, 1970, Col.Crónica de un siglo.
- Bellini, Giuseppe, La narrativa de Miguel Angel Asturias, Buenos Aires, Losada, 1969.
- Giacoman, Helmy P., Homenaje a Miguel Angel Asturias: Variaciones interpretativas en torno a su obra, Incluye a Alegría, Fernando, Miguel Angel Asturias, novelista del Viejo y del Nuevo Mundo; Menton, Seymour, Miguel Angel Asturias: Realidad y fantasía; Poppa, Alafide, Realidad e Irrealidad en la obra de Miguel Angel Asturias, New York, Ed. H. P. Giacoman, 1972, Las Américas.
- Guibert, Rita, Siete voces. Los más grandes escritores latinoamericanos se confiesan con Rita Guibert: Miguel Angel Asturias, México, Organización Editorial Novaro, S.A., 1974.
- Navarro, Carlos, La hipotiposis del miedo en El Señor Presidente, Revista Iberoamericana, Vol. XXXII, Núm. 61-62, Enero-Junio, 1966.
- Sáenz, Jimena, Genio y figura de Miguel Angel Asturias, Buenos Aires, Budeba, 1974, Genio y figura 29.
- Varios, Incluye a Anderson Imbert, Enrique, Análisis de El Señor Presidente, Navarro, Carlos, La desintegración social en El Señor Presidente; Rodríguez Monegal, Emir, Los dos Asturias; Verdevoye, Paul, Miguel Angel Asturias y la " Nueva novela ", Revista Iberoamericana, Vol. XXXV, Núm. 67, Enero-Abril, 1969.

Varios, Incluye a Asturias, Miguel Angel, "El señor Presidente" como mito (Postdata); Martin, Gerald, "El señor Presidente": una lectura " contextual "; Minguet, Charles, Tradición y modernidad en " El señor Presidente "; Navas Ruiz, Ricardo, "El señor Presidente": de su génesis a la presente edición; Saint-Lu, Jean-Marie, Apuntes para una lectura " semántica " de "El señor Presidente"; Uslar Pietri, Arturo, Testimonio, París-México-Madrid, Buenos Aires, Editions Klincksieck-F.C.E., 1978.

Verdugo, Iber, El carácter de la literatura hispanoamericana y la novelística de Miguel Angel Asturias, Guatemala, Edit. Universitaria, 1968

Texto

Carpentier, Alejo, El recurso del método, México, Siglo XXI Edits., 1982, La creación literaria.

Estudios sobre el texto

Benedetti, Mario, El recurso del supremo patriarca, México, Ed. Nueva Imagen, 1984.

Carpentier, Alejo, Papel social del novelista en Antología de textos de estética y teoría del arte, México, UNAM, 1984, Lecturas universitarias 14.

Coronado, Juan, En buca del tiempo perdido, Los Universitarios, Periódico mensual, Nueva Epoca, Núm. 9, Enero, 1984.

Descartes, René, Discurso del método, México, Editorial Porrúa, S.A., 1972, S.P. 177.

Fernández Bueno, Ma. Guadalupe Loreto, El peregrino indiano: notas sobre la novelística de Alejo Carpentier, México, UNAM, 1980, Tesis.

- Márquez Rodríguez, Alexis, Lo barroco y lo real-maravilloso en la obra de Alejo Carpentier, México, Siglo XXI, 1982.
- Mocega González, Esther P., Alejo Carpentier: estudios sobre su narrativa, Madrid, Playor, 1980.
- Pi Orozco, Luis Hernesto, El recurso del método y la novela del dictador latinoamericano, México, UNAM, 1985, Tesis.
- Rama, Angel, Los dictadores latinoamericanos, México, F.C.E., 1976, Testimonios del Fondo 42.
- Varios, Incluye a Pogolotti, Graziella, Carpentier renovado; Labastida, Jaime, Alejo Carpentier: irrealidad y conocimiento estético (sobre El recurso del método), Revista Casa de las Américas, Año XV, Núm., 85-87, Septiembre-Diciembre, 1974.
- Varios, Incluye a Dorfman, Ariel, Entre Proust y la momia americana: siete notas y un epílogo sobre El recurso del método; Miliani, Domingo, El dictador objeto narrativo en El recurso del método, Revista Iberoamericana, Vol. XLVII, Núm. 114-115, Enero-Junio, 1981.
- Velayos Zurdo, Oscar, El diálogo con la historia de Alejo Carpentier, Barcelona, Península, 1985.
- Obras de carácter general y novelas
- Alegría, Fernando, Literatura y revolución, México, F.C.E., 1976, C.P. 100
- Historia de la novela hispanoamericana, México, Ed. de Andrea, 1974.
- Anderson Imbert, Enrique, Historia de la literatura hispanoamericana, México, F.C.E., Tomo I 1982, Tomo II 1980, C.P. 89 y 156.

- Brushwood, John S., La novela hispanoamericana del siglo XX, Una vista panorámica, México, P.C.E., 1984, Tierra Firme.
- Carpentier, Alejo, El reino de este mundo, México, Seix Barral, 1985, Biblioteca breve de bolsillo, Libros de enlace 26.
- Los pasos perdidos, Buenos Aires, Editorial Quetzal, 1978.
- Franco, Jean, Historia de la literatura hispanoamericana, México, Ed. Ariel, 1979, Letras e ideas, Instrumenta 7.
- Frías, Heriberto, Tomóchic, México, Editorial Offset, 1983, Colecc. Biblioteca 8.
- Fuentes, Carlos, La nueva novela hispanoamericana, México, Cuadernos Joaquín Mortiz, 1980.
- García Márquez, Gabriel, El otoño del patriarca, Barcelona, Plaza & Janes, 1975, Novelistas del día.
- El olor de la guayaba, Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza, España-México-Colombia, Editorial oveja negra-Diana, 1982.
- Ibargüengoitia, Jorge, Maten al león, México, Joaquín Mortiz, 1987, Serie el volador.
- Ocaña Alcocer, Josefina, Visión del dictador en Yo, el Supremo de Augusto Roa Bastos, México, UNAM, 1981, Tesina.
- Roa Bastos, Augusto, Yo el Supremo, México, Siglo XXI, 1982, La creación narrativa.
- " Confío más en el lector que en mí mismo " (Entrevista de Tulio H. Demicheli), El Semanario Cultural de Novedades, No. 401, 24 de diciembre de 1989, Año VIII, Vol. VIII.
- Sánchez, Luis Alberto, Proceso y contenido de la novela hispanoamericana, Madrid, Ed. Gredos, 1976, Biblioteca románica-

- hispánica, Estudios y ensayos 11.
- Sandoval, Adriana, Los dictadores y la dictadura en la novela Hispanoamericana 1851-1978, México, UNAM, 1989.
- Sandoval Rodríguez, Isaac, Las crisis políticas latinoamericanas y el militarismo, México, Siglo XXI, 1975.
- Unamuno, Miguel, Niebla (Nivola), Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1978.
- Valle Inclán, Ramón del, Tirano Banderas, México, Editorial Porrúa, S.A., 1986, S.C. 287.
- Vargas Llosa, Mario, Conversación en la catedral, México, Seix Barral, 1987, Biblioteca breve.
- Vicens Vives, Jaime y otros, Historia de España y América; Burguesía, Industrialización, Obreroismo; Los siglos XIX y XX, América Independiente, Barcelona, Ed. Vicens-Vives, 1959, Tomo V.